

Nuestro miedo a las tormentas

Marcelo Britos

*“Fear of the present taking flight.
Fear of the telephone that rings in the dead of night.
Fear of the electrical storms”.*

Raymond Carver

*Vienen*¹

El eco de los golpes sonó en todo el salón, las maderas temblaron y cuando abrió la puerta el viento le sacudió la cara y perturbó las llamas de las velas que iluminaban a los santos. Los apuró para que entraran y volvió a cerrar, ayudándose con los brazos y el hombro. El día empezaba a desmoronarse contra el poniente y eso significaba la total oscuridad, la ceguera envuelta en ruidos que había que reconocer para espantar al miedo. Amancio llevaba a su hijo envuelto en un girón mugriento de piel de oveja, y los pómulos de la criatura estaban grisáceos, los ojos cerrados e inquietos, como transitando una pesadilla. En el sueño tampoco podemos elegir nada, pensó.

La mujer arrastró los pocos sargazos de ropa y ollas y la harina húmeda que ocupaba la mitad de una arpillera. Miró al cura con desesperación y el silencio de la iglesia se astilló con la voz. El tono era agudo y angustiante, un gato llorando en el rincón helado de la desolación.

–Ya no podíamos más, Padre –dijo la mujer-. Ayer se llevaron las dos últimas gallinas. Se las dejamos atadas en la tranquera y esta mañana encontramos la sangre y un saquito del

¹Este cuento obtuvo el 1º premio en el XXX Certamen literario Gabriel Aresti, que otorga la Alcaldía de la Ciudad de Bilbao, España.

bebé colgando del alambre, como si lo hubieran puesto a propósito. Sentimos ladrar a los perros toda la tarde.

El cura se sentó en el reclinitorio del último banco y los miró. Después recorrió con la vista las paredes de la iglesia, como si imaginara su resistencia o recordara de la historia del templo las veces que había sido sitiado, las tormentas que lo habían mecido como un árbol en la llanura. Había sobrevivido más de dos siglos y lo había soportado todo, hasta las inundaciones que devoraban los campos todos los años.

– ¿Qué pasó con los demás?

– Cuando veníamos para acá los rusos estaban saliendo del rancho con las cosas –respondió Amancio–, seguro que están viniendo. El resto se fue ayer en el lanchón y no va a volver hasta el jueves. Son tres días, Padre. Es mucho tiempo para esperar. Y sigue lloviendo.

Guardó las manos entre las mangas, como si las escondiera del frío, y terminó la frase con el temor a las cosas que se dicen porque sí.

– Siempre vienen cuando llueve.

El cura se levantó y apoyó la palma de la mano en uno de los muros y dio dos golpes suaves que se corrieron al fondo con el eco. Miró hacia arriba. La noche había aplacado los reflejos en los vitrales y el viento hacía vibrar a los que estaban flojos.

– También vienen en invierno –dijo–. O cuando hace frío, porque ahora estamos en otoño. Vamos a aguantar acá. Estas paredes son fuertes. Tenemos agua y algo de leche para los gurises. A los perros los vamos a dejar afuera, para que avisen. A esta mole la levantaron con ladrillos de adobe y las aberturas son de roble. La hicieron los indios. Es lo más firme que hay en Ariacaiquín, además de mi fe.

Se acomodaron sobre los bancos y la mujer se abrió el abrigo y descubrió el pecho para alimentar a la criatura. Buscaba con la boca inquieta el pezón y ella le empujaba la cara para que lo encontrara. Afuera el silbido del viento se llevaba por momentos el resto de los sonidos del campo y ellos aguzaban el oído para detectar ladridos o gritos. Las cosas desaparecían en silencio, el silencio de lo que se iba y el de ellos mismos.

El cura fue hasta su habitación y de allí les llevó el mate, agua y pan horneado del día anterior. Lo partieron y comieron, y tenían que calentarlo en el brasero antes de hacerlo, porque el horno de barro estaba afuera y era imposible partirlo frío. Lo cocinaban sin levadura y el corazón era duro y denso, como un canto rodado.

Extrajo de la campera un candado y lo cerró sobre las anillas de la puerta. Guardó la llave y les dijo que era mejor que la tuviera él, y Amancio y la mujer asintieron.

—Si mañana para de llover quizá se alivie un poco más el puente de San Javier y el lanchón adelante el viaje —dijo—. O el camino se seque un poco y se lo pueda bordear.

Se miraron y siguieron mateando y masticando con empeño. Amancio miraba al bebé y en medio de la preocupación por lo que los acechaba, volvió a lamentar otras cosas que amputaban su alegría antes de esos días. Que su hijo le mezquinara los quejidos y las miradas, que no hiciera lo que todo crío cuando descubre el mundo. Un pequeño cuerpo inerte, el presagio de una casta malograda.

Un estruendo sacudió la puerta. Se petrificaron mirándola como si estuvieran en medio de un juego, y esperaron a que se repitiera el golpe o que pasara algo. El cura se acercó e intentó entrever la negrura por una rendija. Los tranquilizó que buscara la llave y que liberara el candado. Las puertas abrieron un hueco en la espesura de las tinieblas, las

cuatro figuras recortadas en el umbral. Traían también bolsas y ropas atadas con piolines, y los perros que fueron espantados hacia afuera, con el resto de la jauría. Por detrás de ellos el cielo era rosado y parecía estar más cerca, a punto de derramarse sobre la cúpula y los arrozales. Entraron en silencio y se acomodaron al lado de los demás. El nene era igual a su hermana, tenían ocho o diez años y el pelo de los dos era blanco y los ojos azules; los rasgos de la cara se habían apaciguado con la herencia materna. El padre era corpulento, también rubio y los pómulos alzados y bruscos. Nunca había vivido en Rusia y nadie de su sangre lo había hecho; pero le decían así. Su bisabuelo era de la estepa ucraniana, al este de Polonia. Habían llegado como tantos otros a trabajar su propia tierra y allí habían muerto, llenando con huesos los pozos fangosos de los latifundios.

La mujer de Amancio se corrió a un costado para darles lugar y le preguntó a la esposa del ruso si también se habían quedado sin animales. En la cara de la mujer estaba la huella de las facciones de sus hijos, los ojos claros y una expresión de serenidad y de tristeza. Yolanda se llamaba. Le respondió con una sonrisa modesta.

—Ya no quedan animales nuestros ni de nadie. Ni siquiera la hacienda que llega ahogada de las islas por el arroyo, ni los bichos del monte. No hay zorros, ni tordos, ni caranchos. Los arrozales están vacíos, como si los hubieran emponzoñado.

El ruso se sentó en el piso junto a los pies de su mujer y apoyó la espalda en las rodillas, y a su vez los mellizos se agruparon con ellos, como si fueran un racimo de uvas vestidas. Tenían los pies desnudos por haber cruzado por el agua, restos de yuyos y barro entre los dedos. Temblaban. El cura fue a buscar una frazada y les secó los pies a los chicos y se las dejó sobre las faldas. La nave de la iglesia se llenaba de sombras titubeantes cuando las corrientes arrullaban las llamas de las velas, y San Antonio y los demás santos que los

rodeaban se corrían y movían las manos, el plano fijo de una danza de colores en la oscuridad.

Afuera los perros empezaron a ladrar. Chillaban enloquecidos y parecían morderse entre ellos.

Se están peleando por algo, dijo el cura. Pero nadie se convenció de eso y creían que lo decía para calmarlos. Los hombres cruzaron los candelabros de pie entre los aretes de la puerta y después corrieron muebles e hicieron rodar la pila bautismal hasta la entrada. Aseguraron las ventanas como pudieron. Los perros seguían ladrando y seguirían haciéndolo hasta la madrugada.

La claridad entró despacio, casi a media mañana. Habían dormido amuchados y el cura había hecho guardia hasta que lo venció el sueño sobre una silla. Se despertó antes que nadie y vio que habían apartado la pila. Lo demás estaba como lo habían dejado. Volvió a su cuarto. Allí tenía una cama y un brasero donde cocinar y calentar el agua para bañarse. Calentó en un jarro un poco de leche para los chicos e hizo mate cocido. Cuando los despertó, la mujer de Amancio buscó al bebé en el regazo del padre. No estaba. Empezó a gritar desesperada y nadie entendía por qué lo hacía, sólo eran gritos y llanto. Cuando se hizo entender, todos lo buscaron. Adentro no estaba. Abrieron el candado y las puertas, y antes de salir blandieron los candelabros como si fueran macanas. Llovía y había niebla, y era muy difícil poder ver más allá del cementerio que rodeaba la iglesia. Iban despacio como si pisaran el hielo traslúcido de un lago, apoyando un pie adelante del otro y mirando con miedo a los costados. Se quedaron quietos como si lo hubieran visto los tres a la vez. Las mujeres desde la puerta lo presintieron y se tomaron de las manos. La manta de oveja estaba enredada en la cruz de una de las tumbas viejas y por detrás de ella los perros

tironeaban una tripa. La madre corrió hasta la cruz y la atajaron antes, y cayeron en el barro, todos gritando. El cura les decía que quizá sólo fuera la manta, pero nadie quiso acercarse hasta los perros, y cuando los apedrearon para que se alejaran, los animales se plantaron gruñendo.

Entraron. La mujer estaba casi inconsciente y Amancio lloraba y la sostenía de la cintura, el tallo partido de una planta moribunda. Los rusos se quedaron a un costado, Yolanda también lloraba y apretaba a uno de sus hijos contra el pecho.

A media tarde todos dormían, quizá por la conmoción, porque no lo habían podido hacer durante la noche o para evitar la conciencia del hambre. Habían comido el poco pan que les quedaba, regado con mate amargo y con agua. La mujer de Amancio lloriqueaba entre sus brazos, envueltos ambos en frazadas, los pies recogidos y el frío tarasconeando las piernas como un lobo famélico. El ruso no se resignaba y recorría los rincones de la iglesia. Pensaba que quizá alguno de sus hijos podía haber escondido al bebé; todavía no daba crédito a lo que habían visto afuera. Quizá había sido la madre la que lo había perdido, una mujer que no parecía equilibrada, dormida o fascinada por los nervios y el terror. Alumbraba los resquicios con una vela y se asomaba entre las maderas de los muebles y los objetos que se borroneaban en la penumbra. Detrás del altar había una puerta que daba a un patio de paredes altas, techado con una reja de hierro. Se encaramó en la pared, en los zócalos irregulares que la bordeaban, y estiró la mano por entre las rejas, tanteando a ciegas los costados del techo. Sólo sintió el frío del hierro primero y después la lluvia no menos helada, salpicándole la piel como púas de lava ardiente. Nada. Se dirigió a la pared siguiente e hizo lo mismo. Esta vez dejó la mano un rato más, intentando llegar más lejos. Con los dedos tocó algo. Era áspero pero acolchado, como una piel animal. Pensó en la

manta de oveja y sintió un mareo de entusiasmo, pero a la vez de miedo. Se bajó y fue en busca de algo que pudiera ayudarlo a treparse más. Encontró en la sacristía un balde de metal. Volvió al patio y se subió en el balde, y estiró el cuerpo y el brazo hasta el límite. No podía ver, seguía palpando a ciegas, pero llegó a apoyar la palma de la mano en esa cosa. De pronto sintió que se movía. Creyó que había sido él, que al correr la mano la había perdido. Cuando intentó encontrarla de nuevo, le enterraron en la carne miles de clavos, la voracidad ominosa escondida en la niebla. Los gruñidos le hicieron comprender. Otro de los perros se asomó, haciendo equilibrio con las patas entre las rejas, pero no pudo sostenerse y cayó al patio. Mientras uno le desgarraba la mano, el otro lo había asido de los pantalones y tironeaba también, como si quisieran desmembrarlo, el nuevo inca y los perros, la metáfora de una rabia colonial.

Amancio escuchó los gritos y buscó su origen, uno de los candelabros en mano. Cuando llegó le partió el cráneo al perro y el alarido lastimero despertó a los demás. El otro animal cedió la presión y el ruso pudo retirar la mano, desgarrada y bañada en sangre. Bajó y se mareó, y casi desvanecido se recostó sobre la pared. Amancio les gritó a los otros que no salieran y se quedó allí, lavando la herida con el agua de los charcos de la lluvia y su propia ropa. Entraron y antes de hacerlo tapiaron la abertura del patio con uno de los bancos. Si habían podido entrar los perros, cualquiera podría hacerlo.

El cura los esperaba con mates y se sentaron alrededor del brasero. Quedaba poca leña y para buscar más debían salir. Faltaban dos días y el frío parecía ser más intenso, era imposible calentar todo el templo y decidieron que esa noche dormirían todos en la sacristía y en la estancia del sacerdote, donde estaba la cocina. Pero necesitaban más leña. Tomaron unos mates en silencio y después Amancio y el cura salieron. Detrás de ellos cerraron con

el candado. Llevaban una soga para arrastrar la leña e iban a paso rápido, esquivando charcos y breves pantanos de barro, agua y yuyales. Temían por aquello, pero también por los perros; habían probado sangre. El día comenzaba a menguar. La leña estaba apilada en la parte de atrás de la iglesia y tuvieron que rodearla sin saber con qué se encontrarían a la vuelta de cada muro. Llegaron. Apilaron algunos troncos sobre la soga y cuando el cura se agachó para anudarlos, Amancio le descargó un troncazo furibundo. El cura lo vio venir y alcanzó a poner el brazo, pero el impacto lo dobló. Quedó tendido sobre el resto de los troncos, con el brazo partido. Lo golpeó otra vez, casi trastabillando, y alcanzó el pecho sin fuerza, raspándole la piel por debajo de la ropa.

– ¡Basta! ¡Por favor basta!

Gritaba llorando y alejándose por el piso, reptando de espaldas con un solo brazo. Amancio caminaba hacia él con el tronco, los ojos manchados de furia, las lágrimas mudas y el odio esperando que nada le impidiera desbocarse. Por qué haces esto Amancio, por qué. Qué hay detrás de esa mirada alienada, qué rencor se fermenta.

Se incorporó dolorido y logró arrodillarse. Una cortina de agua nublaba aún más la tarde, la luz respiraba poco. Juntó las manos como en un rezo, sin dejar de llorar. No se había levantado pensando en su muerte, como en otros días. No pensó en el cuerpo pudriéndose en la cama. Un colchón que después sería quemado, su nombre marchito con el paso del tiempo.

–Qué pasa hijo, por qué estás haciendo esto –le habló con compasión, haciendo un esfuerzo para eso, la desesperación le mordía los pensamientos y no los dejaba crecer– Habla conmigo hijo, por qué.

–Usted es el único que tiene la llave. Les entregó el gurisito para salvarse.

El cura rompió en llanto, un niño travieso descubierto.

–No Amancio –respondió-. No podría jamás hacer algo así. No puedo hacerme daño ni a mí mismo. Te juro que no.

Golpearon la puerta y abrieron. Amancio arrastraba los troncos húmedos y los demás los recogieron y los pusieron cerca del brasero, para que se secaran. El cura entró detrás de él, con el brazo en cabestrillo entre la sotana. Les dijeron que se había caído y todos se compadecieron. Quedaron callados y así seguirían hasta la noche, y cuando el frío penetró por las paredes, por fin cruzaron algunas palabras para organizarse. Los rusos irían a la sacristía y el cura, Amancio y la mujer, a la habitación. Se repartieron la leña y los rusos se llevaron el brasero. Los perros ladraban otra vez, largos soliloquios rematados con un chirrido agudo y ancestral, la queja del hambre salvaje. Se encerraron y dormitaron, con los troncos y los candelabros junto a los lechos. Amancio se sentó al costado de su mujer y comenzó a pulir una varilla de hierro que había encontrado en el patio de atrás. La dobló en uno de los extremos y lo envolvió en un trapo, para que fuera el mango. Al otro extremo lo fue raspando contra la pared, hasta darle punta.

El ruso estaba dormido profundamente cuando su hijo lo despertó. El calor que habían logrado con el brasero y la tranquilidad de estar aislados, lo relajaron, a pesar del dolor en la mano. El chico lo sacudió y le dijo que estaban golpeando la puerta. Yolanda estaba sentada en un rincón, la vela cerca de la cara, y el resplandor coloreándole los ojos y la boca, la hacían ver como una demente asombrada por sus alucinaciones.

– ¡Ruso, salí! ¡Ya vienen! ¡Están queriendo entrar por los vitrales del techo! –La voz de Amancio sonaba urgente, y tras ella se oían corridas y las patas de los muebles chirriando en el arrastre-.

Apoyando la boca en la madera, les respondió que estaba por salir. Le dijo a su mujer que se encerraran por dentro y que no abrieran por nada del mundo. Los mellizos lloraban angustiados y miraban hacia la claraboya. Salió. Lo esperaban el cura y Amancio, y pudo ver que habían corrido los bancos dejando un camino desde la sacristía hasta la puerta. La piedra bautismal ya no estaba, tampoco los candelabros que habían cruzado. Miró a Amancio con desconcierto y después hacia los vitrales y cuando lo hizo recibió el primer puntazo. El hierro se incrustó debajo de las costillas y cuando se dobló del dolor, recibió otro en los pulmones; quiso gritar y no pudo, el aire entraba con fuego. Cayó de rodillas. Amancio iba a pararlo de nuevo, pero el cura intervino.

– ¡Ya está bien Amancio! Basta, ya está bien.

Lo arrastraron hasta la puerta y lo sacaron. Lo levantaron de las axilas y gritaba de dolor cuando lo hacían, y en esa posición lo apoyaron en la cruz donde todavía estaba la piel de oveja. Lo ataron con la soga y le pusieron un trapo en la boca. Amancio miró el cielo y pudo ver algunas estrellas entre las nubes y se las señaló al cura. Parecía estar limpiando.

Cuando volvieron al templo el cura creyó que había menos luz. Como si la noche hubiera invadido también el interior, devorando la lumbre exangüe de las velas. Comprobaron que varias de ellas se habían consumido. Sólo un cúmulo de cera y el pabulo aferrándose a una última y débil llama. Quedaban dos encendidas y sólo una nueva en la

sacristía, y allí no podían entrar porque estaba la familia del ruso. El cura se fue y él abrazó a su mujer que intentaba dormir, la congoja le sacudía aún el cuerpo y temblaba como el reflejo de las estrellas en la espalda del río. Fue encontrando el descanso y quizá la última sensación consciente fue la del frío desapareciendo de los músculos.

Unas dos horas más tarde se despertó agitado y se acercó a la puerta para espiar por la rendija. No pudo ver nada y decidió abrirla, pero cuando no encontró el candado se dio cuenta de lo que había pasado. Usó una de las bancas como ariete y empezó a embestirla. Su mujer lo quiso parar, pero la empujó a un costado.

– ¡Nos encerró! ¡Nos dejó acá adentro encerrados, con el candado!

– ¡¿Quién?!

– ¡Cómo quién? ¡El cura! ¡Cerró de afuera!

Ella también agarró la banca desde el otro extremo y entre los dos lograron vencer la dureza de la madera. El candado quedó prendido de una de las manijas, intacto. Habían roto la cerradura y un pedazo de tabla colgaba de la puerta. Abrieron una de las hojas y no había nadie, sólo la neblina tragándose el horizonte y los arbustos que respiraban fuera del agua. La soga seguía atada a la cruz, pero el ruso ya no estaba. No había señales del cura, salvo las pisadas en el barro, que se perdían más allá de la entrada al campo santo.

– ¿Por qué se fue? ¿Por qué nos dejó?

– Tenía culpa por lo del ruso.

– ¿Y vos estás seguro que fue el ruso, Amancio?

No le respondió. La abrazó y la llevó adentro. Cerraron como pudieron y apilaron las bancas sobre la puerta y apoyaron la pila bautismal contra la barricada. Después tomaron una de las dos velas y se encerraron en la habitación del cura. No se había llevado nada y la ropa que había usado durante esos días estaba tirada en el piso. Había salido desnudo o quizá se había sacado los hábitos, para no cometer herejía. Se sentaron en la cama. La lluvia derramó otra vez su fuerza sobre el techo, como nunca lo había hecho en esos días. Tronaban los vitrales y el viento castigaba los árboles, podían oír e imaginar el baile frenético de las ramas. Amancio no quiso contaminar ese ruido, ese estruendo de la naturaleza maravillosa que alguna vez lo había llamado para que la tocara, para que viviera en ella sin decirle que a cambio estaban el hambre y los que vienen. Le apretó la mano a su compañera y miró a su alrededor, como si lo viera todo por primera vez, y soltó la voz hacia el frente, hablándose a sí mismo.

—Queda casi un día para el lanchón. Tenemos la cocina acá y podemos encerrarnos. Con el ruso y el cura deben estar calmados y si no, hay tres ahí en la sacristía. Y los perros, a los perros todavía no se los llevaron.

Después de la última palabra la vela se extinguió y quedaron en la oscuridad.

Dijo que era absurdo caer fulminado en la playa, por un rayo. Nadie debería morir en vacaciones, nadie debería morir sonriéndole al mar.

El resplandor en los ojos

Todos los fines de semana lleva a su hijo a la casa de la abuela, su madre. No lo hace porque quiera desprenderse de él. El nene se lo pide. Lo prefiere a cualquier otro plan. Incluso está segura de que es lo único que puede sacarlo de estar frente al televisor o la tablet. Fuera de eso, no se consideran demasiadas opciones. Viven en el centro de una ciudad abarrotada de cemento, que parece haber prescindido de plazas y parques, como si estar rodeada de montañas fuera excusa suficiente para acumular edificios sin descanso. No hay espacios verdes sino en las afueras. Es un monstruo húmedo que ha olvidado las medias estaciones. Inviernos intensos y veranos agobiantes. Tampoco hay arroyos ni ríos que la crucen, el mar está al otro lado del país. Pero no es algo que tenga que ver con la región. La ciudad está clavada en un pozo y saliendo de sus márgenes el clima y los paisajes cambian. Apenas se atraviesan los arcos que dan bienvenidas, ya se siente el fresco.

Los viernes llega de la escuela y sube corriendo a su habitación a preparar el bolso. Junta las cosas que le parecen necesarias o importantes, como juguetes, una luz para dormir, galletitas y otras pavadas. Su madre, sin que él lo note, le agrega dos mudas de ropa interior y el cepillo de dientes, además de pantuflas –que nunca usa- y más remeras. Y un

abrigo, claro. Entonces baja corriendo y se sienta en el sillón del living a esperar el momento en el que su madre le dice que ya se van. Se le expande la sonrisa por la cara y salta por el parque, arrastrando el bolso. Es otro chico, repite ella cuando lo cuenta.

Son cincuenta kilómetros desde la ciudad hasta la quinta. De esa distancia, unos diez kilómetros son de una calle de tierra que llega hasta la tranquera. Nace en la ruta y parece chocar contra el cerro más alto; allí, detrás del terreno de la casa, se termina. El monte se va aclarando cuando se acercan, los árboles y las piedras toman forma y aspereza, una piel gris que llueve desde el cielo.

A veces se quedan los dos. Ella pasa la noche del viernes y regresa a la ciudad al otro día; después vuelve el domingo para buscarlo. Quedarse sola el fin de semana, sin hacer nada más que mirar películas o tomar vino, la hace sentir libre y a la vez segura, sabe que su hijo está a salvo, que su responsabilidad está cubierta. Porque su madre es una extensión de ella. Porque es un acuerdo entre los tres -una misma sangre- de compartirse entre sí.

Hay dos razones por las que el nene quiere estar ahí, ella lo ha discutido con el psicólogo y con sus amigos. Dos razones que resultan lógicas tratándose de una criatura de seis años, sin padre, a la que le cuesta relacionarse con otros de su edad. La primera es que la abuela es una mujer cariñosa. Lo consiente. No es de esas personas que están encima, que exageran el apego, ella lo deja ser, apenas lo persuade con la guía de una palabra. Nada de lo que le diga está manchado por el desamparo o el capricho. Le cocina lo que él quiere, porque para ella es una distracción, un motivo para volver útiles cosas que le gusta hacer y que ya no hace. Tortillas de papas, milanesas, sanguchitos de lomo, mirar películas hasta tarde, comprar postres o golosinas. Quizá, en el único momento en el que trata de imponerse, es cuando quiere que se termine los platos que le hace.

La segunda es que en esa casa no tiene más límites que los impuestos por su juicio. No tiene que dormir la siesta, no tiene que recoger juguetes –porque no los hay–, y no tiene fronteras para llegar hasta donde quiera, porque las distancias se extienden a lugares imposibles. La cima del cerro, el camino rodeado de monte, al que nunca se animaría, y a los costados llanura con islas de árboles frescos. El arroyo que baja de la montaña está a unos tres kilómetros y allí suele ir con su abuela, en la calesa. Es un túnel con un sendero cercado por arbustos de moras en arco. Hay que seguir el ruido del agua y algún hilo que corre entre las piedras, hasta encontrar el lecho que en los principios de diciembre alcanza con las lluvias su mayor caudal.

Las tormentas allí son maravillosas, los rayos rasguñan el horizonte y se iluminan los campos como en una noche instantánea de luna llena. No tiene miedo, ni a los truenos ni a los relámpagos, incluso hasta disfruta de ese momento como lo hacen muchos adultos, como un recuerdo fugaz del invierno, abrazarse a uno mismo en el resguardo del techo mientras afuera la naturaleza es despiadada.

La libertad de la siesta es como un eslabón fuerte de este último motivo. La abuela después del almuerzo se acuesta unas horas y él se queda jugando afuera, con el reloj y el mapa a escala de ese dominio sólo para él, sin centinelas ni voces de alto. Ahí están, mientras él pueda verlos, los tigres rodeando las higueras y los naranjales, esperando su distracción para hacerse de la carne. En pequeños cursos de imaginación aprendió a montar trampas con troncos y juncos, a ponerse de espaldas al viento para que no llegue su olor a los depredadores, a caminar por debajo de las ramas frondosas para que los satélites no lo detecten.

La visita lleva consigo algunas prohibiciones disfrazadas de sugerencias, como se suelen pedir las cosas entre ellos. No le permiten, por ejemplo, jugar con fuego. Como todos a esa edad, se ha afianzado en él una fascinación por las llamas, por el poder casi hipnótico que tienen cuando van abrazando los objetos. Aprendices salvajes de pirómanos. En el departamento no puede ni intentarlo, pero con la libertad del campo y la soledad, cuando su abuela está en otra cosa, se vuelve tentador. Las series épicas que consume con obsesión durante la semana, no ayudan. Las trenzas y el hierro entre las chispas, la efectividad del aliento de los dragones sobre los endebles barcos a remo. Lo han visto en cuclillas sobre un hormiguero o sobre un fuerte de madera para soldaditos, con el resplandor reflejado en los ojos, una gárgola recién parida por la vagina del infierno.

Tampoco puede acostarse tarde, aunque es impensado para él. Es una de las advertencias formales, pero innecesarias, una convención. A las diez de la noche ya empieza a cabecear en la mesa, mientras su abuela espera que se termine la zingarella de naranja o la fruta. Después van a la cama y es él el que insiste en leer cuentos, mientras ella, con la mirada atravesando el tiempo, arrastrándose, busca algún recuerdo de los que ya están apenas adheridos a la memoria, con la cinta húmeda y gastada. Los libros de su abuela son los únicos que lee.

La tercera prohibición, quizá la más importante en su conciencia, porque la escucha cada vez que se baja del auto tras cruzar la tranquera, es que bajo ninguna circunstancia puede ir solo al arroyo. Esa seguridad, esa tranquilidad que siente cuando su hijo está ahí, sólo se perturba con la fantasía siniestra del arroyo: piedras desprendidas de la cima que bajan al lecho aplastando huesos frágiles, un grito ahogado y agudo que no escucha nadie, como los que se irán arrastrados por la creciente, después de una de las tantas lluvias en las

altas cumbres. El arroyo va siendo con el tiempo, suave y levemente, un deseo irrefrenable que el niño ha logrado, hasta ahora, dominar.

Habrá un último día de esa casa, de esa ingenuidad natural, de la seguridad remota del mundo. Estará jugando con los perros, haciéndoles oler una piel de liebre para que encuentren la madriguera. Lo ha visto en las series, claro.  La madre nunca pens , en tiempo real como en algunas series, desde dónde y cómo podría llegar el disparo que perturbara esa seguridad? Tres aplausos rebotar n contra la ladera del cerro y nadar n en el eco. Se levantará y mirar  la puerta de la casa, pero en segundos, por la intensidad del sonido y por la dirección, sabr  que no vienen de allí. Se acercará a la tranquera y verá al hombre, apeado de la bicicleta, también mirando hacia la puerta. Ropa de trabajo, las botamangas angostadas con prendedores de la ropa y una mochila militar. Una gorra de visera le cubrir  los ojos, pequeños alejados de la nariz, como a los costados de la cara. Por lo demás, el nene sólo verá el bigote. El ancho y mu nido bigote parecer  ser el resto de la persona. El extraño todavía no habrá visto al crío al momento de dejar la guadaña y el rastrillo contra la tranquera.

Esperar  que su abuela se levante después de la segunda tanda de aplausos, pero se perderán solos en el aire, tres disparos sordos en el comienzo abismal de la tierra. Tendr  la necesidad de hacerse ver, de poner el pecho al llamado, más por miedo a que el hombre entre, que por cortesía.

– Hola.  Est  tu mamá?

Lo mirar  sorprendido, pero entenderá la confusión y se permitirá responder con solvencia.

–No es mi mamá, es mi abuela.

–Bueno, tu abuela ¿está?

Dudará un segundo y por instinto responderá que sí, que está durmiendo. La presencia de un adulto en la casa le dará un resguardo. El hombre lo mirará esperando que sea él quien dé el siguiente paso. Pero el niño se quedará quieto, como hipnotizado. Entonces el extraño se moverá hacia la puerta, amagando a entrar, y el crío dará dos pasos atrás, nervioso, como preparando la huida. Se parará en seco y volverá a hablar.

–Andá a despertarla, nene. Decile que está el muchacho de la zanja.

Él entrará a la casa corriendo. Abrirá despacio la puerta de la habitación y la llamará en voz baja. No alcanzará a verla en la media luz, sólo un bulto en la cama y el reflejo del sol que entra por los pequeños tajos de la persiana, rebotando en los demás muebles. El silencio es total. Ni siquiera habrá prueba alguna de la existencia de un exterior, sólo la penumbra. Entrará finalmente. Se acercará y podrá verla bien. La cara hacia el techo, casi en el medio de la cama, con los brazos extendidos y la boca abierta. Desde su altura y su posición los agujeros de la nariz parecerán más grandes y oscuros. Debajo de los brazos los colgajos de carne sobre las sábanas. Cuando no hay lenguaje sólo queda eso, una fealdad física que se revela con brusquedad. La volverá a llamar, esta vez con más energía, y no responderá. Le tocará el brazo y la moverá, y no habrá respuesta alguna. Se acercará a la ventana para espiar. El extraño estará todavía parado del otro lado de la tranquera, impaciente. Estará mirando la puerta de la casa y sólo desviará la vista para dirigirla hacia los movimientos del sol. Él repetirá una vez más, sin éxito, todos los intentos por despertarla. Se dará cuenta que nunca antes la había visto dormir. Quizá todo lo que está

pasando es normal —pensará—, y a una determinada hora, la hora de siempre, se levantará y saldrá a buscarlo para el baño o para tomar la leche. Mirará otra vez por la ventana y lo hará justo en el instante en el que el extraño se mueve. Está empujando despacio la puerta de la tranquera. Correrá aterrado a la entrada de la cocina y pondrá llave. Los perros ladran. Volverá a la habitación y desde allí verá cómo el hombre, fastidiado, toma las herramientas y se monta en la bicicleta, repartiendo insultos sin destino. Ya no lo puede ver desde allí. Quitará la vuelta de llave y se asomará. No habrá nadie más que los perros que le moverán la cola y lo mirarán, como contándole satisfechos que han cumplido con su trabajo. Se sentará en un tronco a acariciarlos. Los animales le saltarán alrededor, mordisqueando las zapatillas, lo suficiente para que no lo soporte más y salga corriendo a esconderse. Les dará el gusto y así estarán jugando hasta el agotamiento. Después volverá al juego que ha dejado a medio cumplir. Buscará la piel de liebre y al momento de encontrarla recordará aquello que lo había interrumpido y lo que había seguido después, todo encimado y fugaz, el Aleph de su universo recién nacido. Mirará la puerta de la casa y se le helará la sangre. Sentirá lo mismo que una vez al deslizarse por la baranda de la escalera del departamento, un segundo en el que perdió el control y se soltó. Un vacío desde el estómago a los ojos, la mirada escondida de la muerte que no pudo reconocer, porque aún no sabía de sus signos. No será coraje lo que encontrará para entrar, sino una mezcla incontrolable de curiosidad y culpa, y la enorme necesidad de que esa incertidumbre termine, que todo vuelva a su antiguo orden. Sin embargo, todo seguirá como lo ha dejado. Quizá entrará menos luz por la persiana y eso lo advertirá del anochecer. La llamará. Esta vez le apretará la mano todo lo que pueda y la levantará y la dejará caer, como si fuera el juego de hacerse el dormido. Estará fría. Le tomará el pulso y serán esas mismas palabras las que se repetirá a sí mismo, para adentro: “tomar el pulso”, por haberlo visto y escuchado tantas veces. Pero no sabrá qué es lo que

debe percibir en los dedos, ni dónde buscarlo exactamente. Un calor, una vibración. Por eso, por no saber, cuando no sienta nada, no se alarmará. Prenderá el velador. La llamará una vez más y si no pasa nada, será grave. Pero lo hará sólo una vez porque ya estará decidido. Saldrá corriendo e irá directo a la cocina, a buscar el celular para llamar a su madre. Buscará en la mesada, entre los papeles y la vajilla desparramada en la mesa, debajo de las revistas en el sofá, en el aparador, arriba de la heladera y debajo del televisor, donde están las películas. Maldecirá tener que entrar otra vez a la habitación para chequear la mesa de luz y la cama. No podrá encontrarlo. Cuando revuelva las sábanas las sentirá húmedas. Se olerá los dedos. La cama no parece manchada, pero el olor le resultará familiar, repugnante. Apenas podrá ver la cocina desde allí, la luz natural ya se habrá ido de la casa. Saldrá y se dirigirá al camino, casi sin pensarlo. Los perros lo acompañarán y eso lo hará sentir más seguro. Caminará con la esperanza de llegar hasta el cruce con la ruta y allí hacer señas a algún auto para que lo ayude a recoger a su abuela y llevarla a un sanatorio. Ya todo será sombra, se irá ahogando el fósforo de la atmósfera, se le morirá en las manos, como en las películas de terror. Caminará decidido hasta que no pueda verse los pies. Cuando deje de escuchar las pezuñas de los perros, se aterrorará. Los llamará desesperado, con la voz temblando. Y los otros sonidos. Lamentará no haber llevado una linterna o una antorcha. O una de esas cositas que se sacuden y se quiebran y quedan fosforescentes, una jirafa luciérnaga, como las que usan las fuerzas especiales. Todavía podrá distinguir la silueta de la casa, como una mancha más oscura recortada sobre la ladera verde gris. Volverá corriendo. Pensará en un tronco delgado que ha visto cerca del gallinero y la piel de liebre enroscada en la punta. Primero prenderá las luces de afuera y las de la cocina. Allí preparará todo para volver al camino. Ni siquiera mirará el puñado de estrellas, ni la media luna inútil, manchando el Este. Hoy no hay Hansel y Gretel, ni fideos con ajo, ni canciones

silbadas en la pesadumbre del lavadero. De vuelta en la habitación, creará que se ha movido. Los brazos parecen estar en otra posición. Esa novedad lo abrumará, pero también le dará esperanzas. Le hablará desde la cabecera de la cama, tendrá miedo de dejarla sola otra vez. Se sentará a los pies, con la cabeza contra el filo del colchón. El corazón le explotará, se sentirá mareado y exhausto, dejado al tiempo, aunque sin saberlo no podrá aceptar el destino. No entra eso en las pocas opciones que puede reconocer su experiencia. Después se irá quedando dormido, los párpados pesados. Otra piel le rozará la frente, no será una caricia, será como el tacto furtivo y calculado de una broma. Se despertará excitado, la angustia no lo dejará reconocer el sueño hasta entrar en plena conciencia, pero eso no lo calmará. El olor de los pies nauseabundos, el olor insoportable. Se correrá contra el ropero, pero la vista de toda esa mujer en la cama, la boca abierta, el hedor total de lo viejo, piel vieja, ropa vieja. Se levantará para buscar aire. El zumbido y la pesadez se irán afuera, un viento fresco le sacudirá la cara. Los perros correrán a su alrededor otra vez, uno de ellos con la piel de liebre en el hocico. Se la quitará. Sacará a los animales del gallinero, uno por uno. Atará a los perros a la tranquera y un poco más lejos atará al caballo. Alejará también la calesa con la esperanza de usarla para llegar con los perros y las gallinas hasta la ruta. Pero no se animará a hacerlo hasta la mañana. Todo es de madera, tan difícil no parece. Prenderá la antorcha y empezará por los aleros de la galería. La madera no prenderá, es gruesa, pero cuando la llama entre en contacto con la paja del techo, será distinto. Si pudiera volar, pensará sentado en el tronco, podría ver en la enormidad de la noche, en la oscuridad absoluta del océano de monte, una fogata chispeante, una estrella joven ardiendo en el universo, como aquellos barcos de fuego que se pierden en el mar hacia el Valhala.

Cuando estaba agonizando, en el delirio de la morfina pudo reconocer a su hijo al pie de la cama. Vio caer lágrimas de sus ojos y le sonrió, y cuando lo vio sonreír también, le dijo: “vos esperame acá, no subas la escalera que te podés caer. Voy a buscar las cosas que se llevó la tormenta”.

Frío

Cuando salió del hall del aeropuerto al estacionamiento, que se abría como una ciudad inquieta en el desierto, sintió el frío picándole las piernas. Lo embaucó el clima artificial que traía desde Aeroparque, las horas cálidas antes del embarque, las que duró el viaje y el tiempo, demasiado, que había tardado en recorrer la manga, buscar el equipaje y pasar por migraciones. Quién escucha, después de todo, al comisario de abordaje, quién atiende a la voz electrónica que dice que estamos llegando a Río Gallegos, que son las dos de la madrugada y que la temperatura en el destino es de nueve grados bajo cero, y de paso, a quién se le ocurre mirar por la ventanilla las montañas de nieve fresca a los costados de la pista y el hielo raspando los parabrisas de las ambulancias.

Corrió arrastrando la valija hasta un taxi. El chofer se bajó y le abrió la puerta y fue hacia atrás para guardar el equipaje en el baúl. En ese trayecto sintió el impacto, como si alguien lo empujara al agujero de un lago congelado. Miró a su alrededor y todos llevaban abrigos gruesos, guantes y bufandas, cosas que él no tenía.

Hacía todo lento, cuando quizá lo mejor fuera hacerlo todo a velocidad, que la fricción del aire y de la materia en el movimiento le calentaran el cuerpo. Una energía propia, un hombre pila.

Se encerró y agradeció la tersura de la calefacción, Ojalá el viaje sea largo –pensó-, ojalá pueda mirar el paisaje por la ventanilla, en el amparo del taxi, ver montañas por detrás de los horizontes de los edificios, si existen. Ver los techos de madera a dos aguas sacudiéndose la nieve a los costados, si es que también existen.

– ¿A dónde vamos, jefe?– La voz quebró el murmullo parejo que se había armado con todos los sonidos.

– Ah, disculpe. Lago Argentino treinta y ocho.

Mientras comenzaban a acelerar atisbó la mirada del chofer por el espejo retrovisor. Se confirmaron ambos y la siguiente pregunta fue más relajada, como si el reflejo los hubiera habilitado.

– Lo espera alguien ahí ¿no?

–Sí, mi hermana. Ella vive ahí.

Atendió al ruido de la pregunta y reconoció un tono dramático.

– ¿Por qué me pregunta?

–No, disculpe que me meta en sus cosas, jefe. Lo que pasa que es un barrio nuevo, ¿vio? No hay nada ahí, salvo un par de casas. No quería bajarlo sin saber.

Cuando se escuchó hablando de su hermana, sintió la voz de otro. Oyó a otro diciendo con confianza que su hermana lo esperaba, como si siempre lo hiciera. Un hombre

que la vería seguido, para las fiestas y en vacaciones de invierno. Un hombre que le llevaría camisetas de fútbol a su sobrino que ahora tiene veinte, un hombre que conocería la cara de ese muchacho si lo cruzara por la calle. Ella insistía en mostrar por Facebook sólo las fotos de cuando era un nene. Una familia de dos vidas, la de las redes sociales en la ciudad del litoral, el pibe en calzoncillos jugando con una manguera y los árboles frondosos y verdes desfilando en la humedad, como las personas en la costanera o en los parques, hongos trífidos tragándose el espacio.

La ruta estaba oscura, el alumbrado parecía pestañear con el viento. Las noches del sur son más largas en invierno –caviló-. Todo lo que puede hacerse en la noche tiene más tiempo. Había fantaseado con eso. Dormir. Cenar tarde y mirar películas hasta las cinco. Despertarse a las nueve cuando todavía hubiera estrellas y tomar el café con leche en pijamas.

Giraron en una rotonda y empezaron a andar por calles con casas, las primeras que veía desde el aterrizaje. No era como lo había imaginado. No había construcciones alemanas ni porches, ni bares irlandeses ni veredas con césped quemado y aplastado por la nieve. Parecía un barrio de provincia, como si hubiera helado en Ramos Mejía. La nieve estaba acumulada en los cordones, sucia y marchita. Cruzaron las puertas de un destacamento del ejército. Los hombrecitos parados en la tranquera con su viejo FAL, rodeando la respiración con el hálito. Triste todo. ¿Para qué te viniste acá? ¿Qué tan difíciles eran las cosas en tu trabajo o con tu vida para agarrar a tu hijo y traerlo a la Antártida? ¿Qué buscabas, lo que perdimos? Si apenas cuidamos lo que tenemos.

El taxista lo sacó de sus pensamientos, los barrios se desvanecían con el mismo misterio con el que se habían hecho presentes.

– La ciudad creció un montón. Está más ancha y el centro ya le queda lejos a todo el mundo. Bueno, como si hubiera algo que ver. Gallegos está cada vez más fea. Diga que tiene cerca el Calafate o Punta Arenas. ¿Se va a cruzar a comprarles algo a los chilotes? Es regalado, libre de impuestos.

No debe ser tan difícil, están los que quieren hablar y los que no, y ambos se molestan en dar señales para que los demás lo entiendan. Estar en silencio es una.

Aun sin haber recibido respuesta siguió hablando de los chilenos, del puerto, de los repuestos de autos, de la gente que se cruzaba y cambiaba las cuatro cubiertas, si iba a ir a ver la tecnología que hay, los celulares tres veces más baratos.

Están también los que no quieren hablar porque los dientes les castañean, le tiemblan cuando el frío ya se fue filtrando por las hendiduras de las puertas y las ventanillas, ni burletes ni vidrio, ni calefacción aguantan, y va subiendo despacio y firme por los tobillos hasta las rodillas. Lo único que se quiere es llegar.

Contestó sin ganas, con énfasis en la intención de rechazar todas las preguntas.

– No, no creo. Bueno, no sé, todavía no sé qué voy hacer, recién llego.

Dieron unas vueltas alrededor de un lago o de un gran charco entre lomas de poca estatura y estacionaron frente a la casa. La cuadra tenía unas cuatro o cinco construcciones. Ladridos y quietud se balanceaban en el viento. Le pagó y sacó la valija del baúl. El chofer esperó hasta que tocara timbre y se fue. Sobre la vereda había un auto cubierto por una lona endurecida por la escarcha. Cuando la agitación de la llegada se fue calmando, el frío empezó a abrumarlo otra vez. Metía las manos en los bolsillos del jean porque las tenía congeladas y las sentía más frías todavía. Se frotó las piernas con las palmas y lo

comprobó, la tela estaba helada, como si hubiera guardado el pantalón en el freezer antes de ponérselo. La atención en el frío le hizo olvidar cuánto hacía que había tocado el primer timbrazo. Volvió a intentarlo ya impaciente y se puso un límite de algunos minutos para volver a hacerlo. Era posible que estuvieran durmiendo, pero tenían que estar en casa. Sabían que llegaba a esa hora. O quizá no había quedado claro. El frío era realmente insoportable. Le dolían los pies y las manos, lo peor eran las piernas. La espalda dura, contraída por la posición, un mono encorvado recibiendo palazos en el lomo. Se alejó de la puerta después de probar otra vez. Fue hasta donde terminaba la cuadra, no era una esquina normal, porque desde el final de la pared no seguía nada, sólo campo y lejos unos edificios que parecían fonavis. Siguiendo por la calle, hacia ambos lados, lo mismo. Cruzando el lago, quizá unos dos kilómetros más allá, recién podían verse las luces de una avenida.

Empezó a moverse, a dar saltos cortos y mover las piernas, pero no lograba cambiar nada, era sólo la necesidad de no estar quieto, de sacarse de la cabeza la ansiedad que devenía desesperación. Quizá fuera lastimoso para cualquiera. Hay cosas que no tienen que pasar por la cabeza, -pensó-, que nadie las deforma o las provoca. Hay cosas que son. Si hay dolor, hay dolor. Si hacía frío, poco tenía que ver su neurosis con eso.

El viento se hizo intenso, sacudía la lona dura, los pastos secos que bordeaban la laguna y las bolsas y papeles sueltos que hacían remolinos. Cuando miró la puerta otra vez, creyó ver que la cortina se había movido. Se prendió del timbre con insistencia. ¿Y si no era la dirección? ¿Y si se le había metido en la cabeza el treinta y ocho como si fuera el correcto, o el nombre de la calle como tantas otras cosas que después resultaban ser otras, horarios de salidas, nombres de películas?

¿Para qué te viniste hasta acá, hermanita? ¿Detrás de quién? ¿Detrás de qué?

Sacó el teléfono del bolsillo para ver la dirección y no alcanzó a encenderlo que entendió su estupidez. Miró la dirección de todas formas, antes de marcar el número. Saltó el contestador automático. Algunos teléfonos o algunas líneas, no lo sabía con exactitud, enviaban el llamado al contestador cuando estaba ocupado. Lo estaría llamando para decirle que aún lo esperaban. Que ya había oído el timbre y se estaba levantando. Volvió a llamar, una y otra vez, a tocar timbre de nuevo. Dos, tres veces. Se alejó y se paró en medio de la calle, tratando de pensar. En ese instante de parálisis afirmó los pies en el suelo y no sintió los dedos. Los tenía entumecidos. Movié los de las manos y también se le habían dormido y le cosquilleaban, algunos ni los sentía. Se tocó las orejas porque le ardían, fue como la caricia de una mano ajena, y tampoco podía sentir las, y no sabía si sólo eran sus extremidades y las partes que estaban expuestas al viento, o todo lo demás, todo él. Había tomado conciencia de su cuerpo y había descubierto algo terrible. Sintió la nuca transpirada y el sudor frío sobre ese calor que no hubiera querido. La cabeza empezó a zumbarle y un retorcijón en el estómago lo dobló al medio.

Se sobrepuso. Buscó la valija que había dejado en la vereda. Apenas pudo abrir los cierres, un muñeco con brazos de trapo y manos de plástico. Buscó el neceser de los remedios y se tragó medio ansiolítico. Se quedó arrodillado en la vereda, sin reparar en eso. Cuando se calmó volvió a abrir el bolso y buscó las medias y un pijama y se metió en la casa de al lado, donde había un descanso techado que le sirvió de refugio. Quiso sentarse en el piso, pero no pudo detenerse a tiempo y cayó de espaldas contra la puerta. Un perro empezó a ladrar desde adentro. Quedó desparramado, esperando que alguien saliera y lo insultara, y quizá no fuera eso lo que temía, sino tener que explicar que su hermana vivía al lado y no le abría, y que se estaba congelando, que ya no sabía qué hacer, ni siquiera

entendía para qué debía hacer algo, más que lo esencial: no morir de frío. El perro olía por debajo de la puerta y gemía, como si lo conociera, como si estuviera esperando a que alguien atravesara la puerta. Se quedó quieto y cuando vio que no pasaba nada, no más que el olisqueo del animal, se sacó los zapatos y los pantalones. Trató de hacer todo como lo había planeado. Los pies descalzos, arriba de las zapatillas. Sacarse el pantalón rápido y sentarse en calzoncillos en el mismo pantalón, mientras se ponía el pijama. Después las medias. Cuando estaba poniéndose las zapatillas volvió a tocar una carne que no parecía propia. Los dedos eran un manojito de teclas que colgaban del empeine. Se irguió y salió a la calle. Tenía que ponerse en movimiento, pero no quería arrastrar la valija ni el bolso de mano. Deslizó ambos bultos por debajo del auto y estiró la lona para taparlos.

El destino era la esquina y después los edificios. Empezó a caminar por el medio de la calle. Era una calzada de ripio, con baches que se habían llenado con la lluvia y ahora eran pozos con hielo. Los evitaba para no resbalar. El barro también se congela, pensó. Por su lado derecho, en dirección contraria a la avenida de la que se alejaba cada vez más, se extendía una cancha de fútbol alambrada, que a su vez se conectaba con otra por sus extremos. Calculó que si una cancha medía ciento veinte metros, podía tomar como referencia el cuarto arco más lejano desde su posición y calcular las distancias. Los edificios estaban mucho más lejos que eso. Arriesgó un kilómetro. Un poco más de ocho canchas de esas. Ni siquiera había salido de su propia área. Recién sacaba y enfilaba al medio. Quién puede jugar al fútbol en Río Gallegos. La pelota impredecible, volando como una pluma de bádminton. Los jugadores agarrándose entre ellos para no volarse. Qué podría ser mejor para cualquiera, para ella, en esa inmensidad de viento y hielo, esa soledad hastiosa.

Arrastrando los pies fue hacia el nuevo objetivo, el viento variaba su dirección: a veces lo levantaba desde atrás y tenía que hacer fuerza con la espalda para no trotar hacia adelante, torcido contra las columnas de la luz o las zanjas secas; otras veces, tan sólo segundos de diferencia, el viento cambiaba y venía de frente, haciéndolo retroceder . Recordó una vez en la que casi se ahoga en uno de los espigones que salían al río, en la costanera norte. Había ido con unos amigos a pasar el día en la costa. No conocía al grupo, era la primera vez que los veía. Eran pibes de club, esa especie que se cría en las orillas o en la isla, andando en piraguas y pescando. Lo desafiaron a cruzar nadando hasta el club de al lado, había que rodear un codo de la costanera. A favor de la corriente fue fácil; el problema vino después. Fijaba como referencia algo quieto, una lancha atada a un palenque, una boya. No sólo no llegaba, sino que a veces levantaba la vista, ya agitado, y se daba cuenta que estaba más lejos. Alguien lo vio desde la playa, a punto de ahogarse, y lo rescató con un bote. Lo arrastró hasta la costa, a la vista de todos.

Vio en la distancia algunas siluetas. Estaban contra la pared de uno de los edificios. A medida que se acercaba podía, con alguna dificultad, distinguir mejor. Era un grupo de jóvenes. Quizá estuvieran hablando, tomando alcohol para poder soportar la temperatura. Esperando que alguien pasara. El aire le quemaba la piel, los labios secos. Las caras eran blancas ahora, lo apuntaban, estaban frente a él. Lo habían distinguido en la bruma que dejaba la nevisca. Empezó a desacelerar. Levantó un brazo tratando de anunciarse, sonrió hasta que se dio cuenta que a esa distancia ni siquiera podía verse su ropa, su forma humana concreta. Podía ser una mujer o un chico. Las caras no se movían, nadie respondía ese saludo. Lo que fuera, quiénes fueran, estaban estáticos, y esa inmovilidad y apatía no le parecían amables. Hizo un último intento gritando, el viento calló en ese instante y el

sonido se expandió. Ahora tenía toda la atención. Se miraban entre ellos y lo miraban. Quizá se preguntaban quién era, qué hacía a la madrugada por la calle, yendo al corazón de una bestia. Uno saltó desde donde estaba sentado y se paró al lado de los demás. Empezaron a avanzar. Entonces dio media vuelta y regresó por la misma huella. Nunca le des la espalda a un puma, te convierte en presa, se lo había dicho un guía chileno en el parque nacional Tierra del Fuego: “levanta los brazos y grítale, que te vea más grande que él”. Pero ya había hecho eso, ya había seguido el protocolo del avistamiento y los depredadores se le venían encima. Apuró el tranco hasta trotar y eso le hacía sentir otra vez los pies. El viento lo ayudaba porque ahora lo tenía por la espalda. Soñaba a veces que caminaba por la calle donde se había criado, una noche fresca y el viento por detrás lo levantaba en vuelo, en ráfagas, y lo acercaba grandes tramos por encima de las casas y de las otras calles. Ahí se sentía seguro, flotando en el aire. Llegó a dar la vuelta en la curva de la vereda de su hermana, pero se lanzó al campo de enfrente. Varias posibilidades se le abrieron en ese instante y las consideró: esconderse en un umbral, debajo de la lona, tirado entre los yuyos. Pero eligió arriesgarse a cruzar el lago congelado, algo a lo que no se había animado antes y ahora, empujado por el miedo y arrebatado, lo hacía sin dudar. También pensó que la mejor forma de cruzarlo era por las orillas, rodeando el centro del lago, aunque fuera más largo el camino. Ese era él cuando pensaba, un tipo racional, despierto. Pero no había tiempo para esa maniobra, y llegar hasta la orilla más cercana, la de su izquierda, implicaba también abrirse hasta la desembocadura de la calle por donde venían persiguiéndolo. Fue recto, con un paso extraño de media carrera, usando los pies como patines. A los dos o tres metros se le hundió el derecho en una rajadura de la superficie. Cuando quiso sacarlo trastabilló y terminó enterrando toda la pierna, hasta la rodilla. Una primera ola helada lo advirtió. La sintió en todo el cuerpo, no era un escalofrío, era algo

ominoso, el abrazo del frío en la sangre. Miró hacia adelante y la extensión hasta la avenida era inabarcable. Volvió sobre sus pasos, esta vez con torpeza, los miembros como un ejército rechazado en su primer avance. Se tiró entre los yuyos del margen de la zanja, justo cuando los perseguidores llegaban a la esquina. El pie mojado se estrelló contra un escombros, pero lo que sintió fue un impacto sin dolor. Esperó unos segundos, observando para confirmar que no lo habían visto ni escuchado. Eran tres jóvenes, las caras apenas se les veían entre la ropa y las gorras, tampoco se podía oír lo que hablaban. Sólo el hálito escapando de las bufandas y el humo de los cigarrillos que era más denso que el vapor. Cuando los músculos se relajaron después de la faena, el abrazo glacial fue más violento y atroz, estallaba el dolor desde adentro del cuerpo. La pierna mojada era un calambre constante que iba subiendo hasta la pelvis. Tenía urgencia por moverse, por frotarse los dedos en la ropa seca. Ya no puedo pensar en vos, hermanita. Para qué viniste acá. Dónde estás ahora que yo vine también, siguiendo tu estela aterrada de animal migrante. Uno de los extraños se separó del resto y se dirigió a la casa. Se agachó lo más que pudo, pero no era a él a quien miraba. Iba directo al auto cubierto con la lona. No era posible que pudiera notar sus cosas, había deslizado las valijas por debajo del auto. Pero el ángulo de vista del extraño era diferente. Ahí tenía la billetera con las tarjetas de crédito. Para qué iba a ir directo al auto, sino era para eso. Ya más de cerca lo vio vulnerable, posible. Y esa era su zona, la zona de sus cosas y de las de su hermana. Era quizá el momento que necesitaba para salvarse, un hecho inesperado para él y para los extraños, que abriría una brecha en lo inevitable. Agarró el escombros con una mano, sintió la frescura áspera del objeto y su peso le pareció soportable y contundente a la vez. Se incorporó, rápido y seguro, y se fue sobre el bulto. El extraño no lo vio llegar, no entendió hasta chocar de espaldas contra el piso. El primer ladrillazo lo recibió en los brazos, el que siguió le arrancó algunos dientes.

Entre los manotazos que intentaban detener sus golpes, pudo ver los ojos anegados de terror, y alrededor de ellos y en ellos, un gesto, un flash que lo llevó a esa misma cara en el tiempo, en un lugar distinto, rodeado de árboles y humedad, de calles de sol ardidas en la siesta. Una cara de niño. ¿Por qué no le mostraste una foto mía, hermanita, una con esta mirada demencial, crispada por el frío? ¿Por qué siempre las mismas fotos de cuándo éramos chicos? El perro de al lado empezó a ladrar otra vez, y las llaves en las cerraduras hicieron el ruido que tanto había esperado.

En el lugar donde vivía, la nieve cubría el descampado la mitad del año. Encima de ese cielo derrumbado sobre la tierra, los perros parecían manchas oscuras dejando su huella en la diafanidad, un camino de variaciones grises siguiendo el rumbo de la jauría. A veces se frenaban y miraban para atrás, como si quisieran recordar lo que dejaban, como si los animales pudieran creer en la memoria y en la nostalgia por las cosas que seguro se perderán.

La idiota

Solté el diario sobre la mesa y miré alrededor, y traté de recordar los límites que tenía antes el salón, con la vaga sensación de entenderlos por calcular hasta dónde llegaban las casas vecinas y por imaginar también la profundidad del espacio, lo que antes era la extensión hacia detrás del mostrador. En realidad era casi imposible hacerlo, porque jamás habíamos entrado, había sido siempre un misterio para todos. El frente no ha cambiado demasiado con los años, siguen estando incluso las púas de hierro en los ventanales, que habían puesto para que no nos sentáramos. Antes de ser el bar *Monsieur Bleu* -como el de París, pero sin el patio con faroles ni la vista a la Torre Eiffel- era un negocio de repuestos de Mercedes que había sobrevivido a todo, menos a la muerte de uno de los dueños. Marcos Paz y Avellaneda. Los del bar han puesto ahora el mostrador sobre el oeste, de frente al boulevard.

Miro al mozo que llega agitado y le pido que por favor se lleve los pocillos sucios y se incomoda, como si ese error fuera crucial para la suerte del negocio o de su trabajo. Tiene los ojos chiquitos y el labio inferior más grueso y pronunciado, como un balcón de la cara, lo que hace que a veces un hilo de saliva le cuelgue hasta la pechera. Pregunta todo despacio, se repite la respuesta a sí mismo. Después, ya con más confianza, me ofrece un

menú y señala con el dedo, en el caso de que se me antoje algo de cafetería, las tortas y los alfajores que hay en el exhibidor. Todo es casero, me dice; lo hacen las dueñas. Pero no puedo prestarle demasiada atención, porque detrás de él las mesas se van ocupando; es mediodía. Es inevitable mirar el desfile. Y si tuviera que hacer un inventario, diría que conozco a más de la mitad. Como si todo el mundo se hubiera congregado allí para el almuerzo, para conocer cómo era por dentro la casa de repuestos. Nadie en el barrio tuvo un Mercedes.

Me fui al centro unos años después de terminar el secundario. Viví veintiocho años lejos y volví de casualidad a un edificio entre San Juan y San Luis, a dos cuadras de esta esquina. El tiempo es atroz. Puedo verlo ahora, cómo nos ha raspado a todos. Veo cómo ha ensanchado los cuerpos que alguna vez quise tocar, veo cómo las caras de muchos pibes que se atropellan en la vereda de la escuela Pestalozzi, reflejan remotamente las viejas caras de otros hombres y mujeres, que ahora ya no se parecen ni siquiera a ellos mismos.

En la mesa que está sobre el ventanal de Avellaneda, toma un cortado un ex compañero del secundario. Es abogado; me lo contaron en la última reunión que hicimos con el resto de los muchachos. Lo acompaña una nena de unos doce años que puede ser la hija: tienen la misma nariz, achatada contra los pómulos. Una vez una profesora lo mandó a buscar el libro de temas al curso de al lado y se perdió. Volvió cuarenta minutos después, sin el libro. Se me perdió el curso, dijo. Quién puede sobrevivir indemne a eso, en un colegio de varones.

En la mesa de atrás una familia que vivía por calle Castellanos pide el plato del día, eran los dueños de Benzadón, una ferretería en dónde vendían hasta juguetes. Cerró hace algunos años. Si camino hoy por calle Mendoza puedo ver lo mismo, como si todo

retrocediera en el instante en el que voy adelantando un paso tras otro. Los negocios fueron cerrando, vidrieras vacías, papeles perdidos en los pisos mugrientos, los cables de los medidores arrancados.

Así puedo seguir, hasta completar todas las mesas. Pero hay una en particular. Está delante de mí, sobre el ventanal que se esquina sobre Marcos Paz – ¿será verdad que es la cortada más larga de Latinoamérica? ¿Será verdad todo lo que creemos más grande o mejor que el resto de las cosas? –. Están sentadas las dos hermanas. Así les decíamos. Ahora deben tener unos ochenta años, ya eran grandes cuando pasaban por la esquina y se cruzaban de vereda. No era miedo ni aprensión, tomaban distancia, como si la cercanía con otros fuera a contaminar su comunidad, a contagiarse de algo. Vestidas siempre con polleras cuadrillé y pulóveres gruesos, medias tres cuarto y pantuflas de pana. En verano lo mismo. Llevaban un perro mestizo y hasta donde supimos, sin nombre. Y la idiota detrás, haciendo saltar al animal con una varilla y corriendo encorvada cuando se quedaba rezagada.

La más grande era modista y mi vieja me mandaba siempre a la casa con algún mandado. Nunca nos dejaba pasar de la puerta cancel. Nos atendía en el zaguán y cerraba detrás de ella, cuando tenía que ir adentro a buscar algo. Vivían por calle Río de Janeiro, la casa tenía un jardín chico con una reja que lo separaba de la vereda. Ahí, en medio de la tierra y las pocas flores, un gomero que tapaba casi todo el frente.

Nunca supimos si la idiota era la tercera hermana o la hija de alguna de ellas. Tenía nuestra edad, eso creíamos. Ahí está, babeándose mientras muerde el sándwich. Avejentada, pero con la carne que parece estar firme. Una vez las cruzamos en la puerta de la iglesia, salían de misa. Solía ponerse a correr a las palomas que se reunían al pie del

atrio. Parecía una paloma más, una gigante, los pasos inexpresivos y torpes. Alguno de nosotros, no recuerdo quién, hizo el comentario revelador:

– ¿Viste las tetas que tiene la idiota?

Enormes, sí. Y duras. Ahora hago un esfuerzo por tratar de verlas sin que ella a la vez me vea la cara. Puede reconocirme. No creo que guarde en esa cabeza algún registro del pasado ¿podrá? ¿Los idiotas pueden recordar? Ni siquiera sé si es idiota la palabra.

Se llama Laura, cuesta no hablar en pasado y sin embargo ahí está, con migas en la remera y la comisura de los labios embarradas con ketchup. Los ojos son redondos y caídos, como si estuviera en una eterna somnolencia. Los dientes desparejos y separados, haciendo fuerza para afuera. La cabeza es grande para el resto del cuerpo. Muy grande. Y los brazos largos.

Hay un lugar o un momento en el que todo lo que parece seguro se quiebra. Es como soltar un lápiz sobre una mesa y que en vez de caer, siga flotando en el aire. Pero leve, casi imperceptible, con la fuerza necesaria para que sólo notemos que algo pasó, una escena que no encaja, luz de gas que tiembla con el viento. Una tarde estábamos con una amiga, escondiéndonos para fumar. Creo que era invierno, las ventanas estaban empañadas por las estufas. También era de noche o crepúsculo, había llovido, porque cuando nos paramos debajo del gomero de la casa de las hermanas, lo sacudí en broma, para mojarnos. La ventana que daba al jardín estaba cerrada, pero sin cortina. Había una luz amarillenta y débil, suficiente para que nos llamara la atención, suficiente también para poder ver el extremo de un ataúd entre dos candelabros. Después del susto y la carrera al boulevard, no puedo recordar cómo terminó la tarde, nos habremos distraído con otras cosas. Sí recuerdo

que al otro día, al compartirlo con los demás, la pregunta obvia de todos era quién estaba dentro del cajón. Fue sólo la intriga hasta que vimos pasar a las tres caminando, como siempre, yendo al supermercado. Después de eso la curiosidad dejó lugar a la inquietud. Quien haya sido nunca había salido de esa casa. La duda fue contagiando a medio barrio, pero como era sabido, nadie se animó a preguntar.

Fue el último día de cuarto año. Hacía calor, un mediodía húmedo de sol que coqueteaba con la tormenta, aunque todavía no la viéramos llegar por el sur. El final del bulevar era una claraboya acostada, una ventana profunda por donde veíamos llegar lo que venía de Buenos Aires. Los colectivos, las hinchadas de otros clubes que iban a Arroyito, la sonrisa de los candidatos, los frentes fríos y las tormentas. Todo viene de Buenos Aires. Entré a casa con el guardapolvo en la mano, hambriento y preparado para la desilusión de siempre. Las tres cuadras desde la escuela uno imaginaba un menú, pero pocas veces se daba la coincidencia. Ese día la ilusión era milanesas con puré y la realidad fue un bife crudo con un tomate. Al lado de los cubiertos una nota de la vieja mandándome a lo de las hermanas a buscar un vestido al que le habían bajado el ruedo.

Comí con la sombra de los nubarrones oscureciendo la cocina, con la frescura que venía del patio y atravesaba la casa, sacudiendo las cortinas y los adornos. Parecía anochecer. Me cambié y con la carne todavía en la garganta me fui a hacer el encargo, para ganarle tiempo a la tarde. En pantalones cortos y ojotas toqué el timbre, una brisa con olor a tierra regada fue rozando las paredes que hervían. Me atendió la mayor, tardó en reconocermme y hubo que darla las señas de siempre: “el hijo de Chiche, de acá a tres cuadras, el de la cortada en frente de los Cosme”.

–Vengo a buscar un vestido que le dejó mi mamá –le dije-. Creo que había que subirle el ruedo.

–Si hijo, le faltan dos puntaditas con la máquina. ¿Querés esperarme acá y te lo traigo, o volvés más tarde?

Acá era el zaguán. Afuera el primer trueno sacudía la siesta y la tarde tenía esos tonos agradables que uno va creando con el deseo del fresco. Las gotas chasquearon en las hojas del gomero mientras los perros ladraban y gemían en las terrazas, manadas agoreras anunciando el diluvio. Me dejó esperando, encerrado entre las dos puertas, una me separaba del frío repentino del aire y la otra de un lugar que sólo existía para ellas. Los pasos sonaron cerca y después se hicieron más altos y espaciados, como si hubiera subido una escalera. Entonces, por qué no. Entonces no se piensa. Me descalcé. La puerta se abrió leve y despacio, un intersticio de sombra y silencio, un tajo de oscuridad profunda. Las bisagras apenas chillaron al principio y después se callaron. Había olor a flit y cerca de los muebles lo aliviaba un poco la madera. Directo a mí podía verse la luz de una ventana que parecía dar a un patio y a los costados las puertas escondían el resto de las estancias. Una estaba abierta, a mi derecha, pero tenía que recorrer unos metros hasta alcanzarla. El parqué crujía. No servía de nada caminar lento, lo que provocaba el ruido era el peso del cuerpo cayendo en la pierna al dar el paso. Me acerqué al borde de la pared y caminé por ahí, esquivando alacenas y sillas. Sonaba menos y avancé. Pasé por una sala, a la izquierda, en donde estaba la escalera; seguramente ahí había sido el velatorio, porque podía verse el jardín del exterior por la ventana. La puerta daba a un comedor. Una mesa en medio de sillas de madera, con un mantel blanco tejido y sobre él una frutera. Uno de los tantos estantes estaba lleno de fotos. Marcos medianos de cerámica y algunos hechos con palitos de

helado, una vida petrificada en el muro. Las fotos mienten. No se ve qué hay detrás, qué pasó antes y después que miraran la cámara y sonrieran. Puede haber sangre a los costados, muertos, personas atadas a sillas con tenedores clavados en los ojos, o puede haber habido una tremenda pelea antes del flash, con vasos y botellas volando. La foto sólo encierra caras. Si ese muro era el registro de esa familia, de ese clan, ahí debía estar la cara de quien había ocupado ese ataúd unos meses antes. En algunas de esas fotos estaba ella (se me hacía difícil pensar que fuera un hombre). No llegaba a ver desde ahí. Eso significaba alejarme cada vez más de la puerta. Al menos podía escuchar la máquina de coser rodando, la madera que se quejaba también arriba. Cuando entré creí sentir un murmullo. Me frené para no confundirme con el ruido de mis propios pasos o mi respiración, y entonces pude escucharlo bien. Quiero decir que pude distinguir la voz de la idiota, aunque nunca la había escuchado en un espacio cerrado, tan cerca, una radio ahogada en la ciénaga. Eran palabras aceitadas con balbuceos, sin sentido ni fuerza. Volví hacia atrás unos metros y la vi, parada en medio del pasillo. De la cintura para arriba estaba completamente desnuda, los pelos enmarañados que le cubrían los ojos. Tenía la bombacha en las rodillas y el pantalón pijamas en los tobillos, las manos extendidas tratando de mostrarme algo. Las tetas estaban enhiestas, los pezones oscuros y duros, blancas tetas grandes y montañosas que parecían de otra mujer. Después ya no importó nada más. Se llevaba una de las manos a la entrepierna y me la volvía a ofrecer, así una y otra vez. Alrededor se apagó todo, menos la tormenta. Los relámpagos que iluminaban, con tonadas intermitentes de dorado, la piel de la idiota. Los truenos que se iban alejando. Siempre que los escucho recuerdo la película de terror de la nena rubia a la que se traga el televisor, el padre que le dice a uno de los hijos que cuente entre el relámpago y el trueno para saber que se va alejando. Burbuja de silencio en el huracán de la tarde. Empecé a acariciarme la entrepierna también, con el suficiente énfasis

como para que ella pudiera verlo, un lenguaje primitivo, retroceder a los albores para encontrar ese punto de unión, ese cruce ancestral de los sexos. La idiota sonrió. Empezó a frotarse con fuerza, con desesperación. Debí entender que en esa caricia frenética quizá no hubiera concupiscencia, sino una imitación mecánica. Bajé el cierre de la bragueta y saqué la verga. La apreté con la mano y avancé unos pasos, subiendo y bajándola. Se le borró la sonrisa de la cara. Abrió los ojos al límite de lo posible y avanzó también, trastabillando con la ropa que la aferraba como un cepo. A dos pasos, con la atención impasible en las tetas, en la entrepierna que brillaba si estuviera húmeda, sentí la primera oleada del olor. Entonces esa humedad en los dedos y en las rodillas cobró sentido. Empezó a gritar, era un ruego, un ave nocturna aterrada por el depredador, el cerdo con el vientre abierto, dragando la sangre.

Escuché también los gritos desde arriba. No alcancé a verla bajar, crucé el zaguán a la carrera hasta que la puerta que daba al jardín frenó la velocidad. La había cerrado con llave. Estaba puesta, no tenía más que dar dos vueltas y salir, pero no podía. La imaginaba detrás, embardunando la espalda para llamarme. La mano me rozó la cintura para llegar a la cerradura. Dio las dos vueltas que yo no pude dar y me pidió disculpas, dejándome en los brazos el paquete con el vestido. Después me paga tu mamá –me dijo-. No volví a ver las ojotas y por mucho tiempo imaginé una y mil excusas cuando se las dieran a mi vieja.

Le limpian las migas que tiene pegadas en la cara y el ketchup de los labios. Salta en la silla como si fuera el perro que ella misma hacía saltar con el palito; no creo que sea el mismo que está atado ahora al semáforo, moviendo la cola y gimiendo. Y cruzamos la mirada. No un segundo, sino un buen rato, al menos medio minuto sosteniendo los ojos el uno en el otro, ella con la boca abierta y yo pálido, esperando otra vez el grito, o que codee

a la hermana que tiene al lado para que se acuerde de esa tarde. Pero nada. Todo se va en ese momento, se pierde para otro tiempo, para algún encuentro en el que vuelva otra vez, desdibujada e imprecisa. ¿Podrán los idiotas recordar?

Hace unos años hubo una gran tormenta en Rosario. Cayeron piedras del tamaño de un puño. Fue de tarde, primero se oscureció el cielo y después de unos minutos de incertidumbre, sobrevino el apocalipsis. Un diario condensó todo con una frase: “lo que era seguro, dejó de serlo”. En la plaza Sarmiento, donde los pájaros van a mojarse en la fuente, había un colchón interminable de palomas muertas. No se podía pisar sin sentir los huesos y las plumas. Algunas agonizaban y le daban un leve movimiento al colchón, como si fuera de agua.

Estaba en una especie de trance, mirando a un jugador trabar la pelota con la pierna floja, fractura de tibia y peroné, el pie bailando como el de una muñeca pepona. Él ya conocía ese resultado, había sido noticia dos o tres días atrás y estaban repitiendo el partido. Y la imagen estaba en cámara lenta, una y otra vez reproducida desde distintos ángulos. Ese mismo hecho, enfocado desde varios costados, pero transcurrido en un segundo, único e irrepetible. Ya pasó. Fue hace días. El dolor era actual, el dolor de otro, sentido en su propio cuerpo, su tobillo flameando y ese retorcijón intenso y persistente de la fractura.

Se había quebrado el codo derecho en el primario, la broma de la zancadilla en el trote de educación física. Fabián Blasco fue. Si lo volviera a cruzar, ahora de grande. Vos fuiste el que me hizo caer. Me hiciste así, yo te muestro. Te enseñé el ruido que hace un hueso cuando se quiebra, como cuando se parte una galleta vieja.

Una variación de luz en la ventana lo sacó del pensamiento, una sombra un poco más oscura que la de los árboles de la vereda estirándose contra el frente. Miró y la sombra no era natural, no había un tono distinto de la tarde ni una nube, era una cara escondida detrás de las cortinas, mirando también –quizá- la secuencia hipnótica de la fractura. Se levantó

rápido y decidido, como para que el intruso se diera cuenta que lo habían descubierto, pero este hombre –barba desprolija, bolsas debajo de los ojos y la boca ligeramente abierta– seguía atento al televisor. A punto de actuar se dio cuenta que estaba en calzoncillos y en medias; llegado del trabajo se había sacado la ropa en el camino al living y así había quedado. Por eso, antes de insistir con el intruso, torció el cuerpo para esconderlo detrás de la misma cortina. Le golpeó el vidrio y ahí sí, el hombre abrió los ojos sorprendido y se fue tropezando para atrás. Lo vio alejarse desde el postigo, las zapatillas no tenían suelas. No le servían a él, eran para que los demás vecinos se quedaran tranquilos: no hay en este barrio un hombre grande caminando descalzo por la vereda.

Se hicieron las ocho y sus amigos tardarían una hora en llegar. Tenía tiempo para una ducha rápida y prender el fuego. Había cortado el césped y limpiado la parte de mosaicos del fondo. Sólo para esas ocasiones se preocupaba tanto por el jardín. El resto de los días le dejaba al azar ese trabajo, que las lluvias regaran, que el sol la reviviera o las quemara, que el viento se llevara las hojas muertas y esparciera por las ventanas el perfume de los pinos o el olor de la mierda de los gatos.

Entró en la ducha. El agua empezó a recorrerle el cuerpo, ese abrazo suave de una materia que no parece terrenal. Una tentación, como la mano de la mujer de otro. Sumó a ese placer el masaje de los dedos, untando el champú en el cuero cabelludo. Toda serenidad y armonía, con los ojos cerrados, dejando que las sensaciones se mezclaran en el cerebro y en la piel, hasta que escuchó ruidos en la cocina, algo que lo sacó, otra vez, del trance. Ruidos de platos, de vasos chocándose, sillas corriendo en el piso, formándose en otro lugar. Aceleró con fastidio la ducha y salió envuelto en la toalla, todavía chorreando agua de las piernas y los codos. No quería mojar las alfombras, así que iba tambaleándose

mientras se secaba a lampazos con una mano y con la otra iba agarrándose de las paredes, para no caerse. Cuando se asomó, uno de sus amigos estaba frente a la mesa cortando la carne, ya cosida, sobre una tabla.

– Ahora se te ocurre darte un baño, boludo, cuando ya está el asado. Dale, cambiate y vení a comer.

Sintió calor en la nuca, un sacudón de vacío le recorrió el cuerpo desde ahí. Se ató la toalla a la cintura y se asomó un poco más. En el patio estaba el tablón puesto, todos sentados o pululando con vasos en las manos. Habían puesto luces de navidad pendiendo de un cable que cruzaba hasta el fondo. De la parrilla se soltaba en el aire el humo celestón y suave, el aroma de la ternera asada. Le gritaron algo que no pudo escuchar bien, todos rieron. Entró en la habitación y se sentó en la cama. Estaba ligeramente mareado, le ardían las manos y la cara. Pero no podía decir que se sintiera mal. Miró el reloj, eran las once de la noche.

Esa fue la primera vez. La noche seguiría como si nada, lo que cualquiera puede contar de una cena. Pero para él, con ese disturbio en los sentidos, ese desvío que lo torcía a la sospecha o la perplejidad, la noche iría por otros lugares. Sentiría una molestia permanente. No se animó a preguntarles, por curiosidad y sonando casual, a qué hora habían llegado. Antes de salir el último de los invitados, uno de los que estaba en los autos le gritó: “te queda linda la toalla, troló”. Otra vez las carcajadas y él, contestando con una sonrisa incompleta, cerró la puerta.

Antes de acostarse, mirando televisión para pensar en otra cosa, sonrió con una ocurrencia: detestaba las películas en las que les pasaba algo extraordinario a los

protagonistas y estos seguían su vida como si nada. Si él hubiera cambiado de escena, si su existencia no hubiera sido continua y lineal, todavía estaría rompiéndose la cabeza para entender qué había pasado en el baño. Eso debe tener un nombre, pensó. Desviando la atención de la pantalla, prendió el teléfono. Cuando pasa algo que no encaja, no en la escena o en el relato, sino en el acontecer de las cosas. Probó varias fórmulas en google. Alguien en un libro lo llamó *Jamais vu* –lo contrario al *Déjà vu*–, algo jamás visto.

Se despertó y acarició el lomo del gato para ver si estaba lloviendo. Una claridad blanca intentaba meterse entre las cortinas. Puso los pies en el parqué y buscó con los dedos las pantuflas, imaginándose con la tasa de café en la mano y las medialunas del barcito de adentro del supermercado, ceremonia dominguera que se exigía desde la separación. Iba lento, arrastrando los pies y esquivando al animal que se le enredaba, cuando sonó el teléfono en la mesa de luz, un llamado invasivo para ese día. Atendió con reparo, el compañero le decía que estaba media hora tarde, que podía esperarlo hasta una hora más si él lo reemplazaba al otro día. A todo dijo que sí y cortó, sin pedir explicaciones que sabía que no llegarían o que al menos no podrían conformarlo. Era la segunda vez y esta le había comido el domingo.

Iba a llamar para decir que estaba enfermo, necesitaba hacer algo con lo derrumbado. Tenía que pensar. Llamó a su terapeuta para adelantar la sesión, pero no le atendía el teléfono. Algo muy parecido a la desesperación, porque nunca la había tenido, empezó a aplastarlo. Antes de marcar el número del trabajo, un pensamiento se le cruzó. Quizá fuera la casa. Las dos veces las cosas habían pasado –o mejor dicho, no habían pasado- en esa casa. No imaginó buscar a los dueños, mirar en internet la historia del lugar, nada de lo que también veía en las películas. Salió con miedo, poniendo llave y mirando para atrás como si

dejara algo encerrado. Afuera era lunes, claro. Los autos y la gente desfilaban, el ruido era de ese día y le confirmaba el salto.

Entró al consultorio nervioso, pero una sensación de alivio le rondaba el ánimo. Las cosas habían cambiado para bien cuando había logrado comunicarse con la psicóloga. Le dolía la cabeza como si hubiera tomado toda la noche y los hombros le pesaban, el aire una frazada embolsando los escombros de toda una vida, la suya y la de todos los que lo rozaban por la vereda.

– El fin de semana me pasó algo muy extraño –empezó–. Estaba en casa por recibir a unos amigos a cenar y decidí darme un baño antes que llegasen. Sentí ruidos y me asomé, y ya estaban en la cocina preparando la mesa, la carne ya estaba lista, como si el tiempo hubiera dado un salto.

La psicóloga lo miró como si le hubiera contado algo absolutamente normal. Esas reacciones a veces lo abrumaban.

– ¿Fue un sueño?

– No, estoy seguro que no, porque uno de mis amigos, cuando me vio, me dijo: “cuánto tardaste en el baño” o algo así.

– ¿Y usted se había ido?

– No, estaba en el baño

– ¿Y dónde más? porque con sus amigos no estaba

Se acomodó en el sillón, mostrando fastidio.

– No sé. Creo que usted no me entiende. Lo que cambió fue el tiempo fuera de mí. Yo estaba en el baño, no hice nada que pudiera tardar todo ese tiempo.

La psicóloga buscó en el cajón una birome y empezó a hacer anotaciones en una carpeta que llevaba su nombre, como siempre lo hacía. Afuera una leve oscuridad se posaba sobre los edificios, unas nubes que se esparcían con la textura de una tormenta.

– ¿Y de qué hablaban sus amigos?

– No sé, le dije que no estuve todo ese tiempo. Desde las ocho que entré al baño hasta las once que salí, no estuve ahí, el tiempo ese no estuvo ahí.

– Bien, entiendo. No se sobresalte, estoy tratando de encontrar un camino en esto. El tiempo no se puede haber ido sin que usted lo percibiera de forma consciente. Le reformulo la pregunta: ¿de qué suelen hablar con sus amigos en esos encuentros?

– No lo sé, supongo que de fútbol, de política, no sé.

– No estaba, por eso no sabe.

No le respondió. Se miró los pies y dejó que el silencio los atravesara.

– Cuándo su amigo le hizo esa pregunta ¿qué pensó?

– Pensé en que estaba frente a algo imposible. Es decir ¿cuándo habían llegado? No los había visto entrar. Después, cuando vi todo listo, que ya estaban instalados, fue muy confuso. Y cuando miré la hora, ni le cuento.

– Es decir que ni los escuchó. Y su amigo le marcó su ausencia ¿Dónde estaba?

–Estaba bañándome. Y sé qué es lo que está tratando de hacer, y no la culpo. Necesita una respuesta racional a esto, tanto como yo. Está tratando de decirme que en realidad me dormí, o que de alguna manera estuve ausente en esas tres horas. Pero yo no me fui a ningún lado, ni dormía. Estaba en el baño. Como si adentro del baño el tiempo corriera de una forma, y afuera de otra. Además no fue la única vez que me pasó algo así, al otro día se repitió.

Se reclinó hacia adelante para escucharlo.

– ¿Algo así cómo? Sea más específico.

– Que no entiendo cómo y cuándo llegué hasta un lugar, como si me faltaran partes de una secuencia. Después de que se fueron me tiré a dormir un rato. Sonó el teléfono y era mi compañero de trabajo, diciéndome que estaba llegando tarde. Al principio lo mismo, pensé que me había quedado dormido, pero tenía la sensación de que algo raro pasaba. Y lo raro era que debía ser domingo y era lunes, el domingo me había pasado por el costado. Algo así, es como si hubiera saltos en el tiempo, lagunas, olvidos, no sé.

– Pero en ese ejemplo que usted cuenta sí estuvo dormido, puede haber dormido todo el domingo sin saberlo.

– ¿Veinticuatro horas enteras más las horas del lunes? ¿En serio?

– ¿Y usted recuerda cuándo fue la primera vez que advirtió que esto le pasaba? Lo menciona con más extrañeza que angustia.

– ¿Usted no se sentiría rara? Tampoco me parece que preguntarse por algo que en un momento resulta extraño, fuese tan extraño. Parece un tralenguas.

– Lo extraño no es preguntarse, sino el tiempo que hace que esto le sucede y la cantidad de veces, la repetición de lo mismo.

Se molestó, sentía que la conversación no iba hacia nada que pudiera aliviarlo. Ahora no sólo él estaba confundido, también los que lo rodeaban, como si en la metáfora del mundo de ciegos, el único vidente fuera un imbécil o un loco.

– Lo único que me queda para aferrarme es que esto realmente ocurrió, sino se me va a desvanecer la vida, todo. Necesito que usted me de esa seguridad, no que me la quite.

–Lo entiendo. Pero usted formula certezas que por momentos no parecen tales. Habrá que seguir avanzando en esto que trae.

– ¿Ya está? ¿Y esperar quince días?

– Si usted lo necesita nos podemos ver antes. Tiene el número de la psiquiatra que le recomendé. Véala para que le recete ansiolíticos, hasta que le podamos encontrar la vuelta a esto. No sufra en vano, ¿sí?

Pasó la semana con mucha ansiedad, vigilante permanente del tiempo y de alguna señal que pudiera darle el entorno, la mirada de los otros o los mínimos detalles que temía encontrar en una noticia o en un cartel. Llegó el sábado, en su trabajo había una cola de cuarenta personas esperando para comprar un boleto. Le había tocado el turno de la tarde, el más liviano, y aun así no paraban de juntarse. Todo el mundo volvía a sus pueblos, a la vieja habitación, a las calles de siempre, donde todas las vueltas solían terminar igual y seguro. No había probado bocado desde la noche y la acidez del café le ardía en el pecho. Cuando saliera de la boletería enfilaría derecho a la pizzería de la esquina. Entre Casilda, asiento doce, Los Molinos y Arteaga, se atravesaba una porción de mozzarella. Una mujer

le dio el dinero y el documento por debajo del vidrio. Dijo Arequito. Estaba nublado y la claridad opacaba los colores de la calle. Ojalá llueva, pensó. Un cántaro constante, flameado por el viento, lavando la hilera de taxis que esperan en la dársena de calle Santa Fe. Le gustaba ver a la gente corriendo en las tormentas, las pibas que llegaban a estudiar a la ciudad, descalzas entre los charcos. La mujer le pidió que le prestara atención, que se apurara porque el servicio salía en diez minutos. Le imprimió el boleto y guardó el dinero en el cajón. Levantó la vista y la cola ya no estaba. Una oscuridad plateada se le abría por delante. Salió despedido desde atrás de la ventanilla, recién vio la noche en los vidrios cuando se asomó al pasillo. Los corredores tenían el vacío de la madrugada.

Cerró el puesto y fue directo a la parada de taxis. Las calles estaban mojadas, el agua todavía corría por los cordones. Iba al lugar en donde se suponía más seguro y sin embargo donde más extraño se había sentido desde el episodio en el baño. Llegó y encendió el televisor, para ver la hora y la fecha. Se fue durmiendo en el sofá, un viento helado lo arrumaba, la casa había quedado abierta y el aire la había invadido, la cruzaba por avenidas invisibles, meciendo cortinas y papeles sueltos. Esta vez se dejó llevar por el sueño sabiendo que al despertar habría hecho otro salto. Se entregó. No dejaba de tener miedo, de tolerar apenas la incertidumbre de cuánto sería esta vez, pero estaba consciente. Ya no le importaba el tiempo que había vivido sin recordar o que directamente había perdido, sino el que podría llegar a perder. No había patrones que se sostuvieran, sólo que no iba hacia atrás. Lo creyó lógico, lo vivido ya estaba así, no podía tener dos recuerdos de una misma cosa. Por otro lado, la posibilidad de que fuera la casa el espacio anómalo se había diluido esa misma tarde, en la ventanilla de la boletería. Y los saltos variaban. Unas tres horas la primera vez, después un día entero y esa última se había acertado, quizá una tarde. Esa falta de un patrón lo incomodaba y a la vez le causaba gracia, que en medio de un torbellino de

extrañeza le molestara que lo impredecible no tuviera un orden. Se durmió. Uno de los gatos le olisqueó las manos y las piernas un buen rato, antes de treparse a la falda, como si no lo conociera.

Se despertó. Los músculos de la nuca le apretaban desde debajo de las orejas, una contractura le atravesaba la cabeza como si fuera una galea de fibra y sangre. La pesadilla había sido tan vívida que por una fracción de segundo se alegró de haber abierto los ojos. Aun así, ya en la vigilia, el mundo no parecía haberse acomodado. Buscó el teléfono para iluminar el living y no pudo encontrarlo. La superficie que palpaba no era la de su sofá, parecía estar tocando cartones y bolsas sobre algo duro. Se incorporó de un salto y se mareó. Cuando recuperó el eje del cuerpo, sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y empezó a distinguir las cosas que lo rodeaban. Definitivamente no era su casa. No había techo, estaba en un espacio de paredes altas cuyo filo se perdía hacia arriba; todavía era de noche. A los costados había toda clase de objetos, herrumbrosos y descompuestos, un colchón sin forro, bolsos agujereados llenos de libros y de ropa, todo apilado sobre las baldosas. La luz más clara estaba lejos, siguiendo una de las paredes. Cuando se alejó de todo, para tomar perspectiva, se dio cuenta que estaba en la entrada de una tienda cerrada. Ya seguro de eso empezó a mirarse a sí mismo. Los pantalones estaban mugrientos, tenía un pullover deshilachado y encima un abrigo que le sobraba de todos lados. Fue hacia la luz. Después de hacer unas cuantas cuadras pudo ubicarse, y decidió enfilarse para su casa. Estaría a unas quince cuadras. Caminó cinco minutos y completó el cuadro en la mente. Restaba nomás juntar las piezas y desahuciarse. Volvió a la puerta de la tienda y abrió los bolsos. Eran sus libros. Era su ropa sucia, mezclada con los libros, elegidos en un azar que no entendía. Arrinconó todo y enfiló otra vez para su casa. Se acordó del placer de caminar de madrugada, con las calles vacías y los grillos avisando en

las esquinas. Pensando en eso, al doblar una, un golpe de sirena lo frenó en seco. Vio el reflejo de la luz azul recorrer en círculo las casas dormidas. Se bajaron del patrullero una mujer y un hombre, el último revoleando la macana, un banderillero borracho, perdido en el desfile nocturno. Le pidieron el documento. Lo revisaron tanteándolo con la macana y con cara de asco. Le preguntaron a dónde iba y les respondió que a su casa. Rieron.

– ¿Se te rompió la ducha en tu casa, amigo? No podés andar yirando por la calle. ¿Dónde parás, dónde tenés los bagayos?

Las caras cambiaron. Se miraban serios, amenazantes, una batalla de los ojos, los rayos invisibles cruzándose en el círculo gregario del silencio.

– Vivo en calle Ocampo entre Chacabuco y Necochea. Llévenme y van a ver. Sino déjenme en paz. No estoy haciendo nada.

Cuando se alejaba el patrullero tuvo, por primera vez en la noche, quizá en la semana –ya no podía medir el tiempo–, la sensación de una partida ganada. La primera ventaja. Bordeó el cordón por el halo de luz del mercurio, mirando el túnel de autos estacionados, puertas, edificios que brillaban tras el aura gris de los plátanos, y el final invisible que se perdería en la vista oscura de las islas. El barrio se anunciaba con terrazas, la noche se espesaba. Se paró frente a la casa y vio luces en las ventanas. Alguien veía televisión, como lo hacía él antes del sueño. Quizá había dejado el televisor prendido antes de irse. Buscó las llaves inútilmente. Fue acercándose despacio, los gatos no estaban en el alero esperándolo, para que les diera de comer. Algo había cambiado en la fachada, el color no era el mismo. Se asomó a la ventana. Un hombre y una mujer fumaban, hipnotizados con el flash de la pantalla. Les veía los perfiles iluminados, el humo que borroneaba el fondo de la habitación. La voz aguda y suave lo sobresaltó. La nena estaba en pijamas, parada en medio del living, con unos juguetes en la mano. Lo miraba con los ojos bien abiertos, aterrada.

– Mamá, hay un hombre en la ventana.

Oyó el revuelo adentro. Salió caminando para atrás y se dio vuelta casi en el aire y después intentó empezar la carrera. Sentía el cuerpo pesado y eso lo desesperaba, la escena de toda pesadilla donde las piernas no responden en la persecución, lobos o tigres, o los viejos miedos en cuerpo, guadañando el aire por detrás. Antes de la esquina sonó otra vez el golpe de sirena. Con suerte no lo habrían visto, pero eso era imposible. Lo sabía, de alguna manera, como sabía lo que iba a encontrar en su casa, o cuál era el lugar en donde había despertado y cómo había llegado ahí. El patrullero lo sobrepasó y a la vez una mano lo empujó y cayó de boca contra las baldosas. Los golpes empezaron a tronarle en la espalda y en las piernas, al ritmo de los insultos entrecortados por la agitación. Un golpe, un insulto, un golpe, una respiración. Cerró los ojos. Masticaba sangre y odio cuando se desvaneció.

Estaba esposado al caño de un radiador viejo. El brazo izquierdo vendado. Un sabor metálico en la boca y un calambre en todo el cuerpo, con oleadas de dolor más intenso en la cabeza. Empezó a llorar despacio, primero quiso soltarlo y cuando entendió que era demasiada la congoja trató de contenerla, pero no pudo. Temblaba y las lágrimas caían a borbotones. Una enfermera se acercó para consolarlo. Le acarició el hombro y le dijo que iba a terminar todo pronto. Vio salir a la mujer policía por detrás de un mostrador, acompañada por uno de los médicos. Lo liberó y lo llevó por el corredor, entre camillas y puertas vaivén. Apenas podía caminar, apoyado en la mujer. Arrastraba los pies y cada movimiento era doloroso. Lo subieron al patrullero. Pensó que esos dos que lo llevaban, que le habían preguntado antes de arrancar si estaba bien, eran los que le habían dado una paliza hasta dejarlo inconsciente. Te avisamos, le decían. Te dijimos que te la íbamos a dar. Pero en ese momento, desde que habían salido del hospital, parecían otras personas. Toda

palabra ahora se mecía con cierta piedad condescendiente. La mujer lo miró por el espejo retrovisor.

– Sabemos que hace mucho vivías ahí. La gente no quiso hacer la denuncia porque te conocen. Bah, saben lo que te pasó. Nosotros creíamos que querías afanar o algo así. Pero igual te tenemos que llevar a la jefatura. Vas a estar una noche o dos, hasta que el juez diga qué hacer.

Se recostó en la cuerina y cerró los ojos varias veces, y cada vez que lo hacía era con la esperanza de despertar en otro lugar, que el dolor se fuera o que terminara todo. Cuando se apagaron las luces ya no se oyeron voces. Abrió los ojos. Alrededor suyo otros hombres se levantaron y desarmaron los camastros en silencio. Los vio entredormido, y no hizo falta comprobar que ya no estaba en la patrulla, y quizá eso lo tranquilizó, como quien viaja para alejarse de algo y siente que el vehículo arranca, aun sin saber cuál es el destino. Los demás seguían durmiendo. Afuera el verano apretaba la garganta de los pájaros, miles de ellos y de ranas y de insectos de luz que aleteaban alrededor del mercurio, partiendo el caos y la quietud del sueño. Se dejó caer de la cama y se quedó inmóvil, aferrado a la pata de madera. Arrimaron dos colchones a la reja, los pararon uno al lado del otro y los encendieron. Primero una diminuta llama azul fue abrazando las costuras y se avivaba en los hilos, amagando a morir en la extensión de la tela. Pero de a poco el gobierno del fuego fue total, se iluminó el pabellón y en el fondo saltaban desde las camas y gritaban exaltados, cuervos hambrientos buscando la brecha de la jaula. Empezaron a golpear los barrotes con los tarros hasta que ya no soportaron el calor, las chispas envolvían la abertura, una constelación amarilla y brillante que desaparecía y volvía entre el clamor, una tormenta encendida apretada en un frasco opaco de cielo raso. Acercaron más colchones. Algunos intentaban pararlos pero nadie les hacía caso, y los que lideraban la revuelta ya estaban casi

ahogados por el humo y no podían salir entre la multitud que los apretaba contra los barrotes. Las paredes ardían y el fuego nacía en las maderas de los camastros, lejos de los barrotes, como si se hubiera arrastrado por el piso sin que nadie lo advirtiera, un apache acechando el bosque de los parques salvajes. Como pudo se acercó al frente y empezó a llamar a los guardias, desesperado, pero el fragor de las llamas no le dejaba ver por los espejos de los ángulos, nadie sabía si ya se habían enterado, el humo era una extensión que bajaba como un techo movedizo, una niebla de arena que les tapaba los pulmones y los quemaba por dentro. Decidió retroceder hasta el fondo, pero el calor no cedía. La nube estaba a un metro del suelo y sólo algunos entendieron que la única esperanza era tirarse al piso y rogar que entraran los guardias. Las únicas canillas del pabellón y el inodoro no tenían agua. Para cuando tocaron la pared de atrás, los camastros de la mitad del pabellón ya estaban encendidos, y en el matorral de llamas que veían desde allí ya no podían distinguirse las rejas ni los que habían quedado en el camino. Sentían en el aire el hedor inconfundible del pelo quemado.

Los guardias miraban desde el extremo del pasillo, veían las manos asomarse entre el halo naranja y los barrotes, y se oían los gritos, difusos y atropellados entre el rechinar de los camastros. Les habían dicho que esperaran, que no entrasen hasta que llegaran los bomberos. Ya no se veía nada en la profundidad del pasillo y trataban de imaginar, en el reflejo que se proyectaba en la pared frente a la puerta del pabellón, las sombras chinas, el teatro a escala de la vieja barbarie. Les llegó también el olor del pelo quemado y un silencio pausado y después definitivo precedió al impulso de todos, como si el miedo hubiera llegado de pronto, llevándose las dudas. Corrieron hasta las rejas, pero cuando llegaron no supieron qué hacer, algunos miraban el fuego cubriéndose la vista con los brazos, otros pateaban la reja después de quemarse las manos al querer empujarlas. Llegaron otros con

matafuegos, pero no funcionaban, apenas una andanada breve de polvo blanco que se perdía entre las llamas. Pudieron conectar una manguera en el patio por una de las ventanas del pasillo y con un chorro delgado trataron de enfriar los barrotes para poder abrir la reja. Cuando lo hicieron, cayeron hacia afuera los resortes de los colchones al rojo vivo, brasas que no dejaban distinguir a qué objeto habían pertenecido antes de transformarse, y los primeros cuerpos que aún mostraban la carne que las llamas sólo habían chamuscado. El vapor los abrazó y los hizo retroceder, otra vez la niebla espesa bajando sobre la luz. No podían avanzar, el calor era intolerable. En el fondo se veían lenguas vivas que seguían alimentándose, chispas que saltaban en la sombra. No fue hasta la entrada de los bomberos que pudieron llegar hasta el fondo. Los cuerpos estaban acurrucados contra la última pared, algunos habían tratado de cubrirse con maderas y hasta con mantas, y estaban en posiciones extrañas, en cuclillas o con los brazos cubriendo la cabeza.

Un policía de la penitenciaría la llamó por el nombre cuando bajó del ascensor. Le dijo que lo acompañara y no le dio demasiado tiempo para que reaccionara, avanzó a zancadas hacia la escalera y siguió dos pisos abajo, hasta la morgue. Había ido al hospital a hacer consultorio y bajaba al hall para firmar el ingreso. Nunca había visto a ese hombre y nunca había bajado a los subsuelos. Pensó que quizá tenía que salir de testigo de algo, pero en el camino empezó a dudar. Se frenó antes de cruzar la puerta de la sala y el policía también lo hizo.

—La están esperando —dijo—. No tenga miedo.

Le respondió serena, tratando que la voz se sostuviera segura y eficaz.

–Discúlpeme oficial, es posible que haya una confusión. Yo soy psicóloga, hago consultorios acá los jueves, los que me derivan a veces del centro de salud, por una cuestión de espacio. Pero no tengo nada que ver con el hospital y mucho menos con patología forense.

– ¿Su nombre es el nombre que le dije en el ascensor?

– Sí, es mi nombre.

– Entonces no hay ninguna confusión, doctora. Pase que la están esperando.

Había varios policías y personas de civil, bien vestidos o con camperas con siglas en el dorsal. Caminaban por pasillos entre los cuerpos, sacando fotos y dejando papeles sobre las bolsas o los bultos. Las camillas estaban todas ocupadas y el resto de la sala estaba llena de cadáveres esparcidos por el piso, sobre bolsas de plástico o sobre frazadas. Buscaban espacios entre uno y otro para poner los pies y llevó tiempo llegar hasta el grupo principal. Le repitieron su nombre y lo confirmó. El olor era insoportable. Le dieron un pañuelo húmedo que olía a menta fuerte. Los acompañó hasta una de las camillas. Pensó en su hijo. Un roce helado, ominoso, le apretó la columna. Se le aflojaron las piernas y la sostuvieron. No podía hablar. Un puño de nervios le apretaba la garganta. Le corrieron la manta al cuerpo. Cuando vio que era un hombre adulto se tranquilizó. Pero vio algo familiar en la cara, un signo que se fue haciendo más claro con la contemplación, cierta forma de los ojos y la boca.

– ¿Lo reconoce?

– Sí, fue paciente mío hace varios años –respondió–. ¿Cómo llegaron hasta mí? ¿Por qué yo?

– Tenía en el bolsillo una tarjeta suya, con el nombre de otra doctora escrito atrás.

Una psiquiatra que ya no vive más acá.

– Sí, sé quién es.

No quiso preguntar qué le había pasado. Sacó sus conclusiones de algunas cosas que escuchó, y con esa información le alcanzaba. Preguntar directamente era hacerse cargo de una muerte, de todas esas muertes. Era prender el fuego otra vez. Tuvo la sensación de que ya no había luz. Pensó que en los subsuelos siempre era de noche. Cuando emergió al hall lo confirmó. Los familiares dormían en las sillas de la sala de espera. Una mujer con las manos vendadas, en una silla de ruedas, esperaba en un rincón. Afuera estaba fresco. Se sentía rara, las cosas que la rodeaban parecían de otro momento. Cuando subió al auto y vio el reloj se sorprendió. Se preguntó, inquieta, cómo había pasado tanto tiempo.

No podemos ver el viento, lo escuchamos. Solo vemos lo que le hace a otras cosas. Lo mismo pasa con el tiempo.

Pájaros italianos

El deseo lo puede casi todo. El trueno que sigue al relámpago. Siempre alguien dirá que han ocurrido al mismo tiempo, que son la misma cosa. Y cuando no suena el trueno, esperamos. El deseo tiene una infinita paciencia, es una araña que teje puentes entre los años.

Cuando pensé en esto –esto que estoy escribiendo como si ocurriera ahora mismo– estaba llegando por segunda vez a Roma. Había vuelto por dos razones: ver nacer el primer hijo de una amiga que había emigrado a Italia, y por supuesto, por el deseo irrefrenable de hacerlo. Lo primero excusa para lo segundo. Nada de ese último anhelo era concreto, nada tenía nombre ni forma, hasta que Julia me dio la posible fecha del nacimiento, y si no hubiera existido ese mensaje, si no hubiera estado ese embrión moroso e informe, hubiera venido igual. Ni siquiera cuando abrí los ojos frente a la ciudad pude entender ese deseo. Las calles vacías en la noche de invierno, los bares arrinconados en el empedrado, marea de mil años escondida en las miradas, la tibieza de la luz artificial en los ventanales.

La madre de Julia y Pietro, el esposo de mi amiga, estaban conmigo esa noche en la sala de espera del hospital de la Tiberina. Había una tensión velada entre ellos, esas cosas por las que uno no pregunta, aunque incomoden toda conversación, incluso toda mirada o gesto. Yo fui esa noche como un trofeo de ocasión que iban ganando los dos por minutos, según con quién me sentara o con quién fuera a buscar un café. Él más contenido, más seguro, ella con la necesidad de hacerse valer. En un momento, mientras lo veíamos patear en soledad un bollo de papel contra las patas de una silla, la madre no pudo evitar una mueca de burla, un gesto cómplice que recibí con incredulidad. Entonces se vio en la obligación de explicarme algo, de darme una razón. Fue sobrio, prejuicioso e infantil, pero honesto. Dijo que había algo que le despertaba desconfianza. Algo que no podía definir ni mucho menos demostrar. El instinto. Fue justamente cuando recordé esto. A través del océano, lo recordé. Lo que no puedo recordar, es cómo llegó a mi memoria.

Esta familia tenía una mansión en La Cumbre y esa casa resistida por el tiempo era todo lo que quedaba, el recuerdo de las ventanas y entrando por ellas una brisa memorial de nostalgia, resignada por momentos e inevitable por otros, cuando eran las voces ajenas las que rememoraban. Lo podían decir todos y en cualquier segmento de la existencia. Era todo lo que quedaba del apellido, de un tiempo breve y feliz, de una imagen filial que ellos habían soñado por otros. No heredaban sólo la materia sólida acumulada en la ladera –le decían la casa de la montaña– entre árboles y piedras, sino también una alegría ajena, lo mejor de los muertos propios, lo imposible de alcanzar en el presente.

Se repartían la propiedad por quincenas. En navidad y año nuevo coincidían con las familias, con los hijos, primos entre sí, que aún aceptaban los mandatos de la sangre y eran amigos y se extrañaban, quizá los únicos que querían que llegaran esos días. La casa tenía

tres pisos que rodeaban por el centro las estancias con galerías de arcos, y desde allí podía verse hacia al este el sol saltando entre las cimas, y todos vieron un amanecer, al menos una vez, para repetir, en los bares de la ciudad o en las reuniones con otros afectos, que eran dueños de un lugar que garantizaba esa vista.

Todo tuvo su tiempo allí y eso lo medían con la edad de los hijos. Hubo meriendas con cascarilla y escones después del río, hubo caballos de madera pudriéndose después de la tormenta. Llantos después de haber caído con las manos sobre ortigas, horas en el baño después de las moras silvestres, matanzas crueles de sapos y víboras. Repitieron la felicidad, lo hicieron cuanto pudieron.

Guardaban en la memoria una noche, precisa y nítida, en la que la luna llena revelaba todo el monte, mientras ellos hacían una cabalgata, como un atardecer intruso de la madrugada. Se veían las caras y era como estar de día, brillantes las risas y cada detalle del pliegue de los cabellos y la piel. Y fue como desafiar la misma tiniebla, algo distinto y audaz, el principio de un recuerdo propio que no dependiera del álbum ni de las viejas anécdotas. Esa noche los unía un poco.

Estuve en varios nortes. Porque son muchos. Si pienso en el lugar en donde vivo, el norte es la quebrada jujeña, los desiertos y la tierra colorada irguiéndose hasta el cielo. Si pienso en el norte del mundo, donde también estuve, hay nieve y hielo, algo más parecido a nuestro sur. La belleza en todos esos lugares es la naturaleza misma. No son sólo paisajes, lo es todo. Y a su vez todo es la tierra, y quienes la habitan son también parte de ella, una pieza que no encajaría en ningún otro tablero. Los que llegamos desde las ciudades de las llanuras somos claramente ajenos; muñecos de plástico perdidos en el césped del fondo.

Cuando estamos ahí, después de un tiempo, nos convence el deseo de ser también un pedazo de ese todo, de perder nuestra condición de extraños. La belleza aquí en Roma, en cambio, es lo que el hombre ha hecho y el deseo es el de reconocer lo que él mismo ha creado. La tierra está signada por la historia.

Pero hay un deseo que nos iguala. Viene de la misma sangre, de cualquier aire. Ahora, mientras recuerdo y escribo, veo unos pájaros que se mueven en grupo como un cardumen. Es increíble, pero la formación y los movimientos son impredecibles. Vienen de la campiña y me han contado que trataron de erradicarlos porque ensucian la calle y los autos. Pero no pudieron. Es la única señal de naturaleza y la rechazan. Y aun así no lo logran. La vida se abre camino, aquí como en cualquier lado. Estoy seguro de que, si rastreo esa frase, la voy a encontrar en alguna película mala. Suena bien, aunque venga de ahí.

Ese año había cambiado algo en las ceremonias. Los primos habían crecido. Había que bajar más al pueblo a que pudieran acercarse a los otros adolescentes, sobre todo Lorena, la más grande de Raúl, el mayor de los hermanos. Raúl había heredado el negocio, un comercio minorista de insumos de panadería en la parte buena de Saladillo. La menor de las hermanas era soltera, una soledad elegida, sin fracasos como solía decir, como quien no quiere jugar una ficha de cien pesos en un casino, como para no perder. La del medio tenía tres varones, uno de trece, otro de once y un recién nacido. El marido trabajaba en el comercio, como repartidor. Lorena se estaba haciendo mujer –eso decían todos–, Lorena ya no iba al arroyo con los chicos ni jugaba a la pelota con ellos. Usaba corpiño y estaba enamorada en secreto de un chico que la doblaba en edad. Enamorada, claro está, como uno cree amar a los catorce años, con prescindencia de la carne, con una eternidad de cine. La

abuela le enseñaba a tejer, era su aporte al pasaje del mundo femenino. Hablaban horas en la galería, a veces porque llovía y no había otra cosa que hacer.

El penúltimo día del año viejo había llovido tanto que no dieron abasto las canaletas que rodeaban el techo para desagotarlo. Las piezas y la galería más alta se inundaron, otras estaban plagadas de ollas en el parqué para detener las goteras. Pero no fue sólo eso. El depósito se rebalsó y la mierda empezó a salir desde abajo del pasto del parque de entrada. El olor era insoportable y no podían entender de dónde venía tanta suciedad, tanta putrefacción. Todos limpiando el pasto, descalzos y mirándose los pies negros de algo que no era barro, algo que había venido desde adentro de ellos mismos. Hubo cola en el baño para ducharse. Había sólo uno con agua caliente y era el que estaba en la planta baja. Era enorme, como una habitación. La ducha era con termotanque eléctrico y contra el azulejo había un respiradero en forma de rejilla que daba a la despensa, la única parte de la casa construida absolutamente de madera. Nadie sabía qué función cumplía, pero quien se bañaba y escuchaba a alguien entrar del otro lado, lo tapaba con la palma de la mano, si es que se había olvidado de cubrirlo con algo.

Lorena esa tarde escuchó abrirse la puerta de madera, pero no de la forma decidida y violenta con la que la abrían todos, sino despacio, con cierto sigilo. Atinó a cubrirse con las manos los pechos, olas de piel salpicadas de lunares, y después sólo con una mano, para cubrir con la otra el respiradero. Durante la cena miró con recelo a los primos que sonreían entre ellos, pero no podía culparlos sin pruebas. Igual se hubiera muerto de vergüenza aceptando delante de todos que la habían visto desnuda.

Al otro día, hacia el final de la tarde, apareció el sol, austero entre las nubes. Lorena se distrajo en la galería con la abuela, con el atardecer manchado por un arco iris débil, tèmpera aguada por la lluvia y por la vegetación, que comenzaba con esfuerzo a ganar la pulseada de los olores. Cuando le dijeron que entrara al baño lo hizo con el tejido en la mano y sin la toalla, para no perder el turno. Habían puesto la mesa sobre la galería baja, la más concurrida de las dos, mantel blanco y las copas, y los primeros platos para el aperitivo. Botellas en fuentones con hielo, sándwiches cubiertos con repasadores húmedos. Su madre le alcanzó la toalla y prendió la ducha. Cuando terminó de sacarse toda la ropa, oyó otra vez la puerta de la despensa. Imaginó a los dos estúpidos, caminando en puntas de pie entre las cajas, acercándose al respiradero con la carcajada contenida. Esta vez la reacción fue distinta, tenía que serlo. Tomó una de las agujas del tejido y esperó. Les dio la espalda, desnuda bajo el agua, escondiendo la sorpresa sobre el vientre. Cuando el silencio se asentó del otro lado, dio un latigazo recto y veloz entre las ranuras. Oyó a alguien trastabillar en la madera y cerrar fuerte la puerta. Sacó la aguja con algunas salpicaduras de sangre en la punta. No oyó gritos ni quejas.

Ya bañada fue a la habitación que compartía con la tía y se vistió. Entró también su madre, para decirle que ya empezaban a comer; nada parecía fuera de lo normal. No escuchaba a sus primos, solían estar corriendo en el parque delantero, jugando con los perros o con la pelota. Sólo se oían las voces del padre y del tío que hacían el asado en el quincho. Fueron sentándose a la mesa. Ya los veía llegar desde el extremo de la galería, hablando a los gritos, pero no podía verles la cara. Tendría que ser el mayor, al otro no le interesaban esas cosas. El mayor, sí. Se sentaron. Los rostros limpios, sanos. Las orejas, podían ser las orejas, pero también estaban intactas. Estaba segura que había sido el ojo.

Mientras pensaba en lo segura que estaba, sí, el ojo, había sido el ojo de alguien, entró el tío. El boludo de tu marido –dijo–, mirá cómo se lastimó. Atrás su padre, la cabeza gacha, el tajo que cruzaba el párpado y se alejaba hacia la sien. El boludo dice que metió la cabeza para acomodar una brasa y se raspó con un alambre de la parrilla. ¿Quién? El Raúl. Pero eso está feo, che. No, no es nada –dijo su padre–. No es nada.

Yo no voy a juzgar el deseo de nadie. Lo harán los demás. Nunca falta alguien para eso. Ahora bajo por una calle en el barrio Monti, las enredaderas y los cables cubiertos de luces festivas, rojas y verdes. Y la Vía Corso también, luces en todas partes, la araña ha tejido así con luz para que todos quisiéramos venir. Como tirar de la cuerda de la telaraña que indica que ha caído algo, que es hora de la voracidad. Julia me explicó que los pájaros que viajan en cardumen se llaman Estorninos; para mí serán siempre los pájaros italianos, como si todo lo que tenga alas en ese lugar fuera a comportarse de esa forma. Viajan así para protegerse de los depredadores –dijo Julia–, mantienen una distancia perfecta entre cada uno para evitar que otro pájaro se meta entre ellos, y viran inesperadamente, y cambian de forma, no ellos, sino todos, lo que forman entre todos. Y nunca es la misma figura.

Los muertos enterrados miran el mundo desde abajo. Ven el tallo de las flores que les dejan. Ven las raíces del pasto que pisan las suelas de los vivos. Los muertos enterrados ven el reverso de las cosas, lo que todos creemos que nadie ve.

Fiesta

Estás esperando que la imagen se relaje en el espejo de agua. Cuando vuelva a ser el reflejo único de tu cara, vas a repetir el golpe de la rodilla contra el costado del barril y otra vez las imágenes se volverán a distorsionar, a encimarse entre sí los ojos, tu sonrisa; hasta que nuevamente se aquiete y te aburras de hacerlo, y entres en la cocina para chequear que en la televisión se hayan ido los silencios depresivos de la novela que mantienen a Dora –tu madre- como a un autista frente a la pantalla, moviendo la mano hacia arriba y abajo, con el hilo blanco y la aguja, hiriendo con método la tela de un pantalón.

Nada cambió en la cocina: la pava sobre la hornalla corta las voces del audio con un silbido, los retazos esparcidos por la mesa, un trapo de piso, las migas, el sol del mediodía delatando el polvo. Pero esa angustia te es indiferente. Son otras las cosas que te entristecen. Probablemente el atardecer de los domingos, el final de la siesta de ese mismo

día, cuando te duelen en los ojos los cuadros de siempre: tu abuelo escuchando la radio, tu madre planchando. Y esa sensación pesada de que al otro día te obligarán a volver a la escuela, a consumirte en la rutina de la semana, hasta el alivio del próximo viernes.

Los próximos diez minutos son ligeramente confusos. No se avistan juegos que puedan levantarte del piso. Es mejor –estás pensando- recostarte boca abajo sobre los mosaicos y sentir cómo el frío te penetra por las palmas de las manos y las mejillas. Disfrutás esta nueva perspectiva, esta mirada a un mundo plano desde donde se levantan enormes edificios, la alacena, la heladera y debajo de la mesada empiezan a aparecer las cosas que diste por perdidas, las que sospechaste robadas por tus primos o devoradas por la rejilla. Ya no importa el televisor porque creaste un silencio nuevo rodeado de otros sonidos, porque aunque aún no traduzcas en desvaríos filosóficos los vagos pensamientos que se te agolpan en la cabeza, con una simple inocencia la vida ya te enseñó que no existe el silencio total, que sólo es la quietud de las palabras, que ese silencio que agrada es el que está empapado de murmullos suaves, y es algo así lo que encontraste ahora debajo de la mesa, además de una intimidad, de un territorio en el que te pertenecen hasta las zapatillas que empuja despacio Dora con sus pies. También aprendiste que el silencio no es más que la falta de las voces, así de egocéntricos somos, por eso quizá hablemos solos, por eso leemos.

Pero hay algo pálido que rompe con la quietud de tus dominios, algo que se mueve desde la escalera hasta detenerse junto a Dora. No pertenece al resto de las cosas que se dispersan alrededor de la mesa. Desentona, es ajeno a los colores opacos de los mosaicos y tiene vida; no la lenta y pesada movilidad del cuerpo de tu madre, sino algo más inquieto. No hay belleza ni libido en esos pies femeninos, no a tu edad y mucho menos tratándose de los pies descalzos de Astrid, que te provocan repulsión, con las uñas pintadas de un color morado, manchas de sangre en cada dedo, con el talón y las plantas ennegrecidas por la

tierra del parqué de su habitación. Recostás nuevamente la cara sobre el piso, para ganar visión de las cosas que pasan en la altura. Apenas pasado el borde de la mesa, al final de la piel, el ruedo del vestido de Astrid se deshilacha y está desprolijamente construido con alfileres. Un pensamiento audaz te asalta: si quitaras alguno, el vestido caería como una cascada a los pies de tu hermana y quedaría desnuda, gritando, y tu madre se reiría hasta caer al piso, viendo cómo su hija se cubre con los brazos los pechos escuálidos, avergonzada, insultándote y corriéndote alrededor de la mesa.

– La fiesta es esta tarde mamá y yo estoy en veremos. Esto me queda para el culo.

– ¡La boca Astrid! Pará que te achico acá y lo armo.

No tolerás ese gemido lloroso de Astrid, la hace ver infantil, idiota. Seguí sin comprender las razones del ritual estúpido de fingir un llanto, de mirarse horas en el espejo, ajustándose con los puños las remeras contra el cuerpo, o subiéndose los pantalones hasta comprimirse las nalgas contra la tela. Tu dedo roza el empeine de Astrid y ella lo contrae y sube el pie hasta el alcance de la mano, lo rasca y se queja, como se queja de todo, seguramente pensando que es un mosquito o una pelusa, o la mugre adherida a la piel por esa costumbre tan filial de caminar descalza por la casa. Esa reacción te despierta y te hace entender que tu dominio se ensancha: ella no sabe que estás debajo de la mesa, tu madre no dice nada y la sorpresa se entrega de brazos abiertos, te ofrece un menú de cosas que le podés causar a Astrid: dolor, cosquillas; lo que sea la va a tomar desprevenida. Pero debe ser sólo una, bien elegida. Ya después va a sobrevenir el escándalo, los gritos de tu madre, sus gemidos quejosos, insoportables.

A pesar de las dudas vas a optar por pellizcarla y al momento de hacerlo ella grita de dolor y tu madre, que estaba clavando un alfiler en el ruedo del vestido, pierde la paciencia y comienza a buscarte con los pies bajo la mesa, dando patadas al aire. Salís despedido y no

calculás el borde de los obstáculos, la cabeza no está lo suficientemente caída como para evitar el impacto con el filo de la mesa y el golpe es seco, hondo, tan violento que sentís un tirón que vuelve a sentarte en el piso. Un mareo atroz te sacude y el dolor te empieza a bajar por todo el cuerpo. Entonces el odio, la impotencia, la sonrisa burlona de tu hermana, los gritos de tu madre que no paran, la humillación insoportable, y pensás en el único camino digno y posible, además de llorar y buscar la falda materna, para, aunque más no sea, frenar la sorna de Astrid y desahogarte gritando y mojando a chorros tu mejillas: la huída. Correr hasta la terraza y sufrir en silencio, ver la pared del patio a través de los ojos llenos de lágrimas. Esos mismos escalones que te escondieron cuando tu padre te cruzó las piernas a cintazos después de que dejaste caer las latas vacías al piso en aquella siesta, o cuando borraste la nota de la libreta y la mancha de tinta se expandió por la cartulina como una llama en el campo.

Y salís de allí, como si escapando de la risa o de la piedad de los demás, fuera también una forma de escapar del dolor; y quizá sea un poco así, porque el aturdimiento se diluye y los pensamientos vuelven a ser un poco más claros, mientras el horizonte del último escalón te deja ver el cuartito de la terraza, refugio de la siesta que te ampara de los gritos, que te recuerda a tu viejo, al aroma del asado, porque allí él guardaba las fuentes con carne y achuras para que el gato no las robara. Allí están sus revistas embaladas, esperando el coraje de tu madre para que terminen en la calle; los *Dartagnan*, los *Tony*.

Te recostás en el colchón y tus párpados caen. La oscuridad quiere jugar, quiere rodearte de estímulos para seguir arrancándote los recuerdos, abre los cajones sin resistencia, lo hace con libertad porque aún no intentás detenerla, ya va a existir un tiempo en el que vas a correrla a piedrazos, vas a atontarla con el alcohol. Ella deja volar un olor, mezcla de humedad y forraje, que te penetra los sentidos y te sonroja, te incomoda

dulcemente, porque de alguna manera los que irrumpen en la sombra de tu memoria son los juegos con tus primas. Esos secretos que aún hoy guardan entre miradas cómplices y pudorosas. Los recibís con dudas, pero ya es tarde. Una imagen insistente comienza a formarse, a tomar un color vívido, y es necesario sentir el peso de esas nalgas desnudas sobre tu falda, no sucede, pero es necesario, como lo eran la curiosidad y el ansia de probarse los labios. Deseás que vuelva, lleno de vergüenza, deseás que todo sea cierto, que trascienda el imposible, el sueño, el deseo; pero es insoportable estar solo con esa pena y salís despacio del encierro a buscar otro pretexto para que el cielo se incendie y el tedio de la tarde se termine con la noche, que llegue el momento de la televisión, de la ceremonia de la cena, de la ausencia de tu hermana para agrandar tus dominios, para retozar los diez minutos aburridos en su cama, frente a las miradas felices de los cantantes, hasta que sólo sea un breve triunfo en esa lucha pueril por invadirla.

Ya estás sentado en el pasamanos de la escalera, ya viene el viaje fugaz y vertiginoso hasta el primer descanso, volando hacia abajo, los brazos apenas se separan de la madera desafiantes y el equilibrio se va, el cuerpo se balancea hacia el vacío, un calambre de dolor y flojera te sube desde el estómago y los brazos vuelven a abrazar con celo el pasamanos al momento de caer en el descanso. Asustado, sonreís. Y ya, ese segundo en el que la desgracia te acarició la frente, se ha perdido en el olvido, porque es más adelante cuando vas a decidir tu relación con la muerte, alguna vez vas a elegir que la muerte duerma con vos, coma con vos, se revuelque con vos y con una mujer, y en el final inesperado de tu vida vas a comprender que siempre estuviste muerto; o vas a desprevenirte, a aceptar que llegue sin aviso, cuando quizá te encuentre cansado y la quieras.

En el descanso hay un silencio, llega desde el pasillo de la habitación de tu hermana y te extraña que así sea, porque se acerca la hora de la fiesta y ella debería estar luchando con su

reflejo, con la carne sobrante que se le escapa por las hendiduras del vestido. Deberías estar escuchando sus gemidos estúpidos y graciosos, sus piecitos mugrientos bailando frente al espejo. Te apoyás en la pared, como si alguien fuera a descubrirte desde la habitación de tu madre, la puerta entre abierta solo deja salir un poco de oscuridad, pero aun así te da pavor imaginar que una cara pueda asomarse y tan sólo mirarte. Avanzás despacio por el pasillo alfombrado, cruzando el silencio insoportable, con el frío de la pared penetrándote la espalda. Allí está la puerta, cerrada por dentro, no hace falta delatarte bajando el picaporte, siempre la cierra para evitar que la sorprendan desnuda, saltando de la cama al suelo, bailando y cantando con vestidos del taller de tu madre a medio terminar. Pegás el ojo a la cerradura. No es la primera vez, por eso cuando lo abrís y la luz del velador te devuelve esa porción del espacio, te resulta diferente el paisaje. Esa imagen extraña no cuadra con ninguna de las imágenes posibles, almacenadas en tu inconsciente, porque los pies de tu hermana no están tocando el parqué, están flotando, balanceándose en el centro de la habitación. Tus párpados vuelven a caer y los abrís para confirmarlo todo, pero aún no se acomoda la escena, esos pies pálidos e inertes no encajan; su balanceo, la vena tan azul, como el agua de un lago del sur, que sube desde el empeine hasta la pantorrilla, se ve tan claramente. Vas a correr hasta abajo para decirle a tu madre o vas a quedarte sentado en la alfombra, esperando a que la vengán a buscar para llevarla a la fiesta.

Eran las doce. Como todos los sábados, terminaba el “El ciclo de los Oscar” y empezaba “Viaje a los inesperado”. Afuera gritaba el viento. La madre notó que la nena miraba abstraída el pasillo oscuro de las habitaciones.

– Mami, ¿por qué los fantasmas están vestidos?

Un reloj parado en las once

Golpeó la puerta del departamento al lado de una rajadura en la madera, una herida del tiempo sin cura. Cuando les den la escritura –pensó-, tendrá que decir en el papel que en esos años de las promesas esa puerta prometía durar, las paredes y los techos que hoy se les desprenden sobre la cabeza, también iban a durar, tanto como la esperanza de que nadando se puede salir de un maremoto. Las cosas llevan encima el resplandor de las palabras, pero las palabras suelen apagarse rápido.

Estaba agotado, agitado por subir las escaleras, el cemento rugoso y gris sobre el que apilan los pisos. Atendió la puerta una adolescente, masticaba algo del mediodía y tenía los ojos hinchados, de recién levantarse.

–Buen día hija, soy Rubén Pardo, el pastor.

La cara tras la puerta cambió, hubo un gesto de alumbramiento, de breve instante de alivio. Abrió la puerta y lo hizo pasar.

–Venga, pase. Lo estamos esperando. Ahora vamos a comer. Usted siéntese y observe todo. Yo después le cuento.

Lo fue llevando con la mano apoyada en la cintura, sin fuerza pero impidiendo cualquier voluntad de regreso.

–Pero ¿fuiste vos la que dejó la nota en la canasta? ¿De qué se trata? Yo no tengo problemas en ayudarlos, hija, pero tenés que decirme algo más.

–Ahora no. Usted pase, acomódese y coma tranquilo. Y mírela. Nada más que eso, mírela, y que no sospeche que viene por ella.

– ¿A quién tengo que mirar? Pero, decime algo más que eso.

Se puso el dedo índice en la boca, la mirada cómplice. Lo guió entre los sillones del living. Una nena paseaba un cachorro de gato dentro de una caja de cartón, la arrastraba simulando el sonido de un tren. Mientras la esquivaba, sonriéndole, hizo un repaso fugaz de las cosas que hacían de ese lugar una casa: el televisor encendido en un noticiero, el elefante con el billete en la trompa, el delfín que cambia de color con la humedad. En la cocina flotaba un aroma de carne frita.

Había un hombre sentado en la punta de la mesa, traía uniforme de seguridad privada, con la camisa remangada y los botones del pecho desprendidos. Se paró y le extendió la mano, se la apretó fuerte y lo miró con ansiedad. El pastor devolvió el saludo con una mueca y se quedó parado, esperando la bienvenida. Le indicaron dónde sentarse y lo hizo junto a la joven que lo había recibido.

Una mujer estaba de espaldas, se veía el codo entrar y salir de una tabla sobre la mesada, también se oía el filo del cuchillo impactando en la madera. Tenía un vestido demasiado elegante para un mediodía ordinario y un delantal atado a la cintura. Se acercó con una bandeja llena de milanesas y una fuente con papas y ensalada. Cuando lo vio no

mostró sorpresa, tan sólo una sonrisa y un gesto que podía leerse como una confirmación, como si todos lo estuvieran esperando, pero por distintas razones. La mujer se sentó en la otra punta. Detrás de ella, en la pared, había una reproducción de la Última Cena y un reloj parado en las once; ya había pasado el mediodía y el sol del otoño se escondía de la tarde. La nena dejó el juego y se les unió. Se arrodilló en la silla para poder llegar al plato y lo primero que hizo fue agarrar el vaso y tragar la gaseosa con desesperación.

Le sirvieron y cerró los ojos y agradeció la comida, los demás hicieron lo mismo, al menos cerraron los ojos como él. Empezaron a comer en silencio, el sonido del televisor llegaba hasta la cocina como un murmullo, era lo único que podía escucharse, además de los cubiertos y las bocas masticando.

Si desmenuzaba cada uno de los elementos, como si recortara por partes una instantánea del almuerzo, no había nada extraño que pudiera notarse. Suponía que la mujer habría de ser la madre de la adolescente y de la nena, y por supuesto la esposa del hombre que estaba frente a ella. Le llamó sí la atención que él no pronunciara palabra, que mirara a su mujer y a su hija mayor a cada rato, como pidiendo permiso para existir. La mujer no había hecho otra cosa que lo que hace cualquier otra mujer en esa circunstancia. La más chica era un poco huraña. Tampoco le había escuchado la voz, salvo esos sonidos salvajes que soltaba cuando comía, pero bien podría ser callada como su padre; quizá sólo eran así, distantes. El conjunto de las cosas que lo rodeaban, en cambio, parecía estar incompleto o discordante. Recordó el tono urgente de la nota que habían dejado en el canasto del diezmo.

– Esto esta exquisito. Estuve más de un año viviendo en Brasil, en el sur. Ahí hay solo carne de cebú. Lo que extrañé la carne de ternera, no se dan una idea.

Se dejó llevar, por un momento, por el placer de la comida en el paladar. La carne era gustosa y seca. Había visto cómo la mujer, después de freír las milanesas, las hundía en una olla de agua hirviendo. Las papas también estaban crocantes, una tersa piel cocida y por dentro la pulpa a punto, como un puré uniforme y sólido. Los demás, sin embargo, masticaban concentrados, pero tenían los ojos abiertos, las mandíbulas contraídas, elaborando esa misma comida con un ademán mecánico, como si no pasara por ahí la sensación de gusto. Se despabiló y levantó la cabeza. Tenía la impresión de pertenecer ya a ese escenario, de seguir comiendo hasta que se agotaran los días y las noches. Desaparecido para el resto del mundo, comiendo milanesas eternamente.

Tenía que empezar por algo. Lo hizo contando cómo había crecido la iglesia en los últimos meses, desde que él había llegado al ministerio. El terreno lindero que habían comprado para agrandar el templo, el equipo de sonido nuevo y sobre todo, lo dijo emocionado y satisfecho, cada vez más familias se anotaban en las listas para asistir a las reuniones. Todos quieren acercarse a Jesús, dijo, sólo tienen que darse cuenta: ese es mi trabajo.

Lo escucharon con respeto pero sin interés, con la cortesía con la que se presta atención al relato de un invitado, aunque sea aburrido o impertinente. La mujer esperó a que terminara, tragó lo que estaba masticando y se limpió la boca. Todos sabían que iba a hablar y un nerviosismo pesado empantanó el ambiente.

—Nosotros estamos contentos de tenerlo en casa, padre. Pero tiene que agradecerle a Yanina. Ella es la que fue a la iglesia el domingo y nos dijo de invitarlo. Siéntase en su casa.

Le sonrió a su marido y después siguió cortando carne y comiendo. El pastor sonrió también y esperó que las cosas se relajaran, pero los demás lo miraban aterrados. Había algo que lo incomodaba, además de no saber para qué estaba ahí, comiendo con gente que parecía no querer ese momento, y sin embargo también sentía que su presencia era deseada, como en todos los lugares a los que era invitado. Nada se iba a revelar por sí sólo. Seguirían comiendo y cada tema de conversación que sacara se iría enfriando como hasta entonces. Le guiñó el ojo a Yanina y se levantó de la silla, acariciándose el vientre en señal de satisfacción.

—Bueno, ha sido una comida excelente. Y como todos guardamos un vicio para que Jesús nos siga mirando, el mío es fumar un cigarrillo. ¿Me permiten salir un momentito?

La mujer se levantó con la servilleta en las manos y le volvió a decir que se sintiera como en su casa. El marido acompañó el ademán de incorporarse, pero finalmente cayó en la silla.

Esperó a Yanina y juntos se alejaron, sin hablarse, hasta llegar al pasillo de entrada. Se había nublado y una llovizna frágil en el viento caía en el patio central. Cuando se aseguraron de estar solos la miró esperando alguna respuesta y ella hizo lo mismo, unos segundos de silencio e incertidumbre que tenían que quebrarse con una voz.

—Bueno hija. Yo no sé bien qué es lo que te angustia. Sólo puedo decirte que en todas las casas existen desavenencias y conflictos. Él no nos hizo perfectos para que pudiéramos crecer y entender, y esa es una perfección en sí misma. Es el libre albedrío. A lo mejor tu mamá es una mujer demasiado rígida y dominante, quizá tu padre haya perdido el lugar que le corresponde a todo hombre en un hogar. Pero no veo nada que los pueda alejar tanto de

Jesús. Tenés que convencerlos de que vayan al templo, así hablamos con ellos. Si vos querés, vuelvo a visitarlos la semana que viene y conversamos mejor. Hoy creo que alcanza con romper el hielo ¿no?

–Usted no entiende –respondió con fastidio–.

–Mucho no puedo entender si no me decís nada. Además no soy estúpido, hija. He ido a muchas casas de hermanos y hermanas, todos tienen problemas familiares, el pecado a veces es involuntario y Él nos vive poniendo a prueba. La monotonía, el hastío, son muchas las cosas que nos hacen olvidar del amor fraternal. Hay que tener fuerza, Yanina.

–Está muerta, padre.

La miró desconcertado. Desde adentro pudo oír por primera vez la voz de la nena. Era una película de muñecas, desde lejos, como en oleadas, venían las palabras irreconocibles, sólo los agudos inconexos chillando detrás de las paredes. Afuera también volaban ruidos distantes, ollas, bicicletas y bocinazos, fantasmas urbanos aferrados a la tarde.

–No entiendo. ¿Quién está muerta?

–Mi mamá. Está muerta. Y antes que me lo pregunte, no es una forma de decir. Está muerta en serio. La enterramos la semana pasada.

Se le quebró la voz en la última palabra y las lágrimas se asomaron. Vidriosos los ojos y los labios temblando, como un gato viendo pájaros inalcanzables en los cables de la luz.

–Yanina, tu mamá está ahí adentro. Acaba de hacernos de comer, de hablar conmigo y con vos, hace media hora.

– Usted no entiende. Ella no sabe que está muerta. Todos ahí adentro se hacen los estúpidos, la única que ya no aguanta más soy yo.

Dejó salir el llanto y lo abrazó. Fue el desborde de un dique. La contuvo pensando que podía saber lo que estaba pasando, algo que rondaba la locura, toda la desesperación que llegaba a provocar eso. No era la primera vez que lo veía. Era una sombra tan densa e inevitable como la misma muerte, que se los iba llevando. Sencillamente ya no estaban, vivían entre los demás, comían con los demás, pero estaban ausentes, ni siquiera lejos o en otro mundo, sino en un eterno sopor. Mientras la consolaba trató de mirarle los dedos, para comprobar que los tenía quemados por sostener las pipas con las que fumaban. Todo es el fuego, pensó. Todo el mal viene de allí. Pero tenía los dedos sanos, apenas con rastros de tierra en las uñas.

Se apoyaron en la baranda y se calmó. Le prometió que encontrarían una solución y le dijo que fuera al templo esa misma tarde. Tenía que lograr que volviera al templo. Le dijo que se lavara la cara y que lo acompañara hasta abajo. Yanina entró en la casa, escondiendo la congoja entre sus manos. Antes que la puerta se cerrara, salió el esposo. Se le notaba en los gestos una ansiedad angustiante. Miró hacia atrás para asegurarse de que nadie lo viera o lo oyera. Se acercó para hablarle, casi al oído, y el pastor también acercó su cara, creyendo saber lo que escucharía. Primero va a deslindarse de las culpas, pensó. Siempre hacen lo mismo. Notó que el hombre mostraba ese mismo enajenamiento en la mirada, como la hija, pero algo le decía que esa alteración no venía de ninguna locura. Toda la expresión de la cara sugería un miedo atroz. Cuando el hombre abrió la boca para soltar las palabras, se abrió también la ventana del frente. La mujer se asomó, sonriendo, con una leve expresión de cansancio.

–Gordo, yo me voy a acostar ¿Venís?

Palideció. Miró al pastor con desesperación, cerrando los labios con fuerza, apretando los dientes. Se aferró a la baranda para que su cuerpo no se moviera, para que algo, fuera de él, pudiera frenarlo. El pastor dio un paso atrás. No le dio tiempo a la mujer a que volviera a meterse y los saludó a ambos, dándoles la espalda para bajar la escalera. Se acordó de Yanina y se apuró aún más para llegar hasta la puerta, antes de que pudiera alcanzarlo. Si allí había otra cosa, esa cosa ya no era de Jesús. Y todo lo que no fuera de Jesús, tampoco era de él.

Miró por la ventana las nubes negras sobre los techos y las primeras gotas estrellándose en el asfalto. Verano, pensó. Oyó la puerta y lo vio por el reflejo del vidrio. Un nylon le cubría todo el cuerpo, bolsas de supermercado en cada pie. Sonrió.

– Parece que no querés mojarte – le dijo.

– No es para eso. Es para tu sangre.

